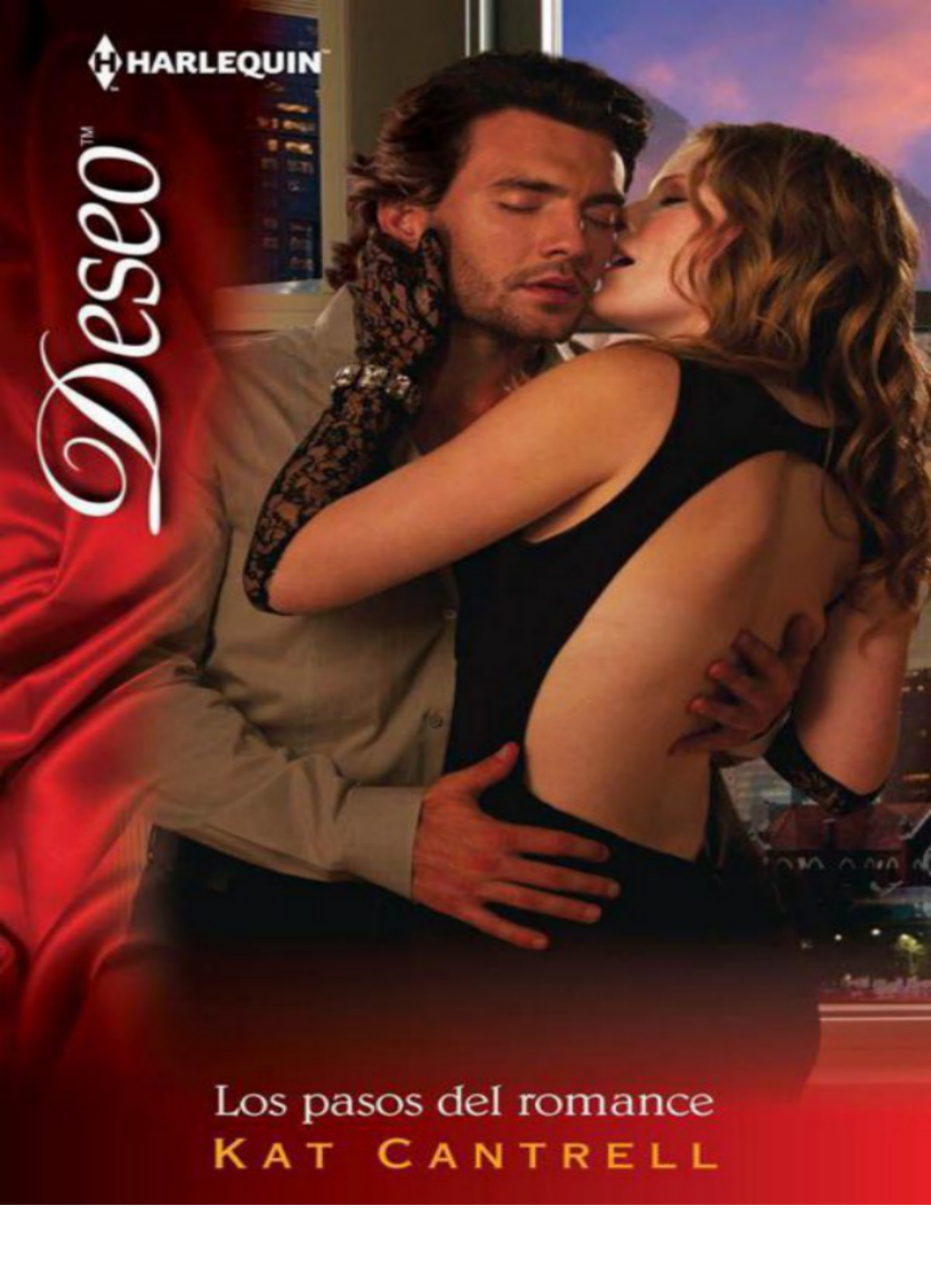

HARLEQUIN
Deseo
Los pasos del romance
KAT CANTRELL



Los pasos del romance

KAT CANTRELL



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

LOS PASOS DEL ROMANCE, N.º 1943 - octubre 2013
Título original: The Things She Says
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Publicada en español en 2013

I.S.B.N.: 978-84-687-3831-4
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo Uno

Lo único peor que estar perdido era estar perdido en Texas. En el mes de agosto.

Kris Demetrious se echó hacia atrás en el asiento del Ferrari amarillo prestado. No tenía GPS. El paisaje estaba rodeado de montañas por todas direcciones, pero al contrario que en Los Ángeles, en ninguna de ellas había mansiones, ni carteles como el de Hollywood, ni ninguna pista de si iba en buena o mala dirección.

Él nunca se perdía en el set de rodaje. Que le dieran un puesto alejado tras la cámara y si la escena no salía, empezar otra vez era tan sencillo como gritar: ¡corten!

¿Qué lo había poseído para ir a Dallas en coche en lugar de en avión?

Una táctica de retraso.

Morir en el desierto no estaba en su lista de cosas que hacer, pero sí evitar su destino. Prefería seguir perdido porque en cuanto llegase a Dallas tendría que anunciar su compromiso con la novia de América, Kyla Monroe.

Kris guardó el móvil en el bolsillo, guiñando los ojos para evitar el sol inmisericorde, más insoportable porque iba vestido de negro. El calor convertía el horizonte en un borrón… pero justo en ese momento le pareció ver una nube de polvo a lo lejos. Unos segundos después, un camión naranja apareció en medio de la nube y se detuvo en el arcén, tras el Ferrari.

Kris cerró los ojos para evitar la arena que levantaban los enormes neumáticos y, apartándose el pelo de la cara, fue a saludar a su salvador.

Si se hubiera quedado sin gasolina podría haber estado allí durante días, luchando contra los buitres, porque estaba totalmente perdido. El conductor del camión había llegado en el mejor momento y, con un poco de suerte, podría indicarle cómo volver a la autopista.

La puerta del camión se abrió y el sol iluminó el letrero: »Taller Big Bobby desde 1956».

Kris vio unas botas llenas de polvo de las que emergía una pequeña figura. Una chica. Una chica jovencísima.

–¿Algún problema, jefe? –lo saludó.

Su acento de Texas era tan profundo como la nube de polvo, pero tenía una voz musical. Y cuando se quitó las gafas de sol el mundo pareció detenerse un momento.

El calor, la falta de señalizaciones y los problemas que lo esperaban en Dallas desaparecieron al ver unos ojos de color azul claro en un rostro ovalado, enmarcado por una masa de rizos color canela sobre unas mejillas de porcelana. Un rostro poco corriente, sin una gota de maquillaje, que merecía una segunda mirada. Y una tercera. Ni siquiera necesitaría iluminarla para conseguir un buen plano. Era fresca, inocente y absolutamente preciosa. Como un girasol. Le gustaría filmarla...

Kris cerró la boca y se aclaró la garganta.

–Alguno, sí.

–¿Eres hispano?

–Griego.

Kris no solía ser tan seco. Además, se sentía tan estadounidense que había olvidado por completo sus raíces griegas. ¿Por qué había dicho eso? ¿Y cómo una persona tan pequeña podía provocarle un cortocircuito en el cerebro en menos de treinta segundos?

–Vaya, con acento sexy y todo. Di otra cosa –le pidió ella–. Dime que tu vida no tiene sentido sin mí y que darías una fortuna por hacerme tuya.

Kris la miró, boquiabierto.

–¿En serio?

Ella rio, un sonido puro que pareció tocarlo por dentro. Tenía una gracia especial que irradiaba como un perfume.

Se portaba con una seguridad increíble para ser poco más que una adolescente. Debía tener veintipocos años. ¿Y de dónde sacaba esa confianza una chica de un sitio en medio de ninguna parte? Él podría ser el nuevo Charles Manson en lugar del nuevo Scorsese.

–No vemos muchos extranjeros por aquí y no me importa echar un vistazo. Bueno, quiero decir, echarle un vistazo al coche.

¿Al coche? Entonces debía ser mecánica en el taller de Big Bobby. Interesante. La mayoría de las mujeres que él conocía necesitaban ayuda para encontrar el tanque de la gasolina.

–Al coche no le pasa nada, es que me he perdido –le aclaró él mientras su imaginación se perdía en lo de «echarle un vistazo».

Las mujeres le hacían proposiciones todo el tiempo, pero sin ninguna sutileza; algo que no le gustaba y que solía rechazar. No tenía interés en relaciones sentimentales a menos que fueran de ficción; parte de su visión para llevar una historia a la pantalla.

Pero aquella mujer había conseguido sacarlo de detrás de la

cámara con un par de frases. Era sorprendente.

Todo lo que salía de su boca era una velada insinuación, y eso, combinado con un rostro tan fresco y una sonrisa tan fabulosa, era una novedad.

Kris se acercó un poco más, lo suficiente como para oler su pelo. Olía a coco y grasa de motor, una combinación que no debería excitarlo en absoluto. Lo mismo que la camiseta ancha con el emblema de la universidad cristiana de Texas y unos vaqueros viejos que, en ella, parecían prendas de alta costura.

La llamó con el dedo y ella dio un paso adelante.

–Ahora mismo, solo quiero una cosa de ti –le dijo.

–¿Qué quieres que haga? –la joven se humedeció los labios con la punta de la lengua y Kris tuvo que tragar saliva.

Lo que había empezado como un divertido flirteo empezaba a entrar en terreno peligroso. Kris anhelaba besar a aquel espejismo del desierto, probar esos labios rosados.

Besar a extrañas no era su estilo y, de repente, lamentaba que así fuera.

–Decirme dónde estoy.

–¿Te has perdido, eh? –ella lo miró de arriba abajo–. Entonces, es una suerte que yo te haya encontrado. Estás en la carretera de Little Crooked Creek, también conocida como en medio de ninguna parte. Antes había un arroyo por aquí...

–¿Un arroyo en medio de este desierto?

Agua fría, un sitio perfecto para nadar desnudos...

No, nada de extrañas desnudas. ¿Qué le pasaba?

–No –la joven arrugó la nariz de una forma encantadora–. Se secó el siglo pasado y nadie tuvo imaginación suficiente para cambiar el nombre al pueblo o la carretera.

–¿Y siempre hace tanto calor?

En realidad, había dejado de importarle la camisa empapada de sudor; la necesidad de seguir hablando con ella era imperiosa.

–No, qué va. Normalmente hace más calor, por eso aquí nadie viste de negro –respondió ella, con una mirada más ardiente que el asfalto–. Aunque a ti te queda bien. ¿Qué haces tan lejos de la autopista?

–Ojalá la historia fuese más interesante que un giro equivocado, pero no lo es –Kris sonrió, tal vez porque ya no lamentaba tanto haberse equivocado–. Tomé la salida de El Paso pensando que iba en dirección correcta hacia Dallas, pero aquí estoy.

–Perdido en esta carretera al sur de Río Grande, donde no hay río ni es grande. No puedo recomendarla como destino de

vacaciones, así que deberías volver a Van Horn y tomar la diez en dirección Este.

–Van Horn. Recuerdo vagamente haber pasado por allí.

–No hay mucho que recordar. El pueblo no ha cambiado en años. Por cierto, tengo que irme. El repuesto que llevo no se va a instalar por arte de magia en la camioneta de Gus –la joven suspiró, señalando por encima del hombro–. Van Horn está por ahí. Buena suerte y cuidado con la policía de tráfico. Viven para poner multas a los deportivos.

–Muy bien.

–También podrías seguir recto un par de kilómetros y tomar el primer giro a la derecha. Así llegarás al centro de Little Crooked Creek y al mejor pollo frito de la zona.

Kris aún no se había saciado de la armonía de su voz. Aunque tardase un mes en llegar a Dallas seguiría descontento con el trato financiero de *Visiones en negro*. Kyla seguiría siendo Kyla: infiel, egoísta y artificial, y él tendría que malgastar demasiada energía intentando que no le importase.

Pero, se recordó a sí mismo, merecía la pena. Si quería hacer *Visiones* tenía que generar publicidad gracias a un falso compromiso con su exnovia, la actriz más querida por las masas y ganadora de un Oscar.

–El pollo frito es mi plato favorito –le dijo. Y estaba muerto de hambre. ¿Qué más daba un poco más de retraso? Después de todo, había ido en coche a Dallas a propósito–. ¿Cómo es Little Crooked Creek?

–El pueblo más triste que tendrás la desgracia de visitar en tu vida –respondió ella–. Y donde yo vivo.

Su dios griego la seguía. V. J. miró por el retrovisor. Sí, el Ferrari amarillo seguía al camión. Dios había dejado caer una fantasía hecha hombre en medio de la carretera, en un sitio donde nunca pasaba nada, y esa maravilla de hombre estaba siguiéndola.

Enloquecida, mareada. Así era como se sentía. Había esperado durante mucho tiempo un caballero de brillante armadura, pero ni en un millón de años hubiera esperado encontrarlo en la carretera. Y, sin embargo, allí estaba, en carne y hueso.

V. J. detuvo el camión frente al único restaurante del pueblo y frunció el ceño al ver una furgoneta blanca. Lenny y Billy ya estaban allí, de modo que debía ser más tarde de lo que había pensado. Sus hermanos nunca se levantaban de la cama hasta las

tres y solo porque ella los amenazaba con no darles el desayuno si no movían el trasero.

Con un poco de suerte, aún irían por la primera taza de café y no se fijarían en el extraño que entraba en Pearl's. Lo último que quería era que el guapísimo extraño tuviera que soportar a los dos chicos más tontos de Texas.

El Ferrari se detuvo a su lado y el dios griego salió de él con innata gracia masculina. Era el hombre más guapo que había visto nunca y era todo suyo. Por el momento.

No se engañaba pensando que un hombre tan sofisticado pudiera quedarse allí, pero no era ningún crimen disfrutar de su belleza hasta que desapareciera de su vida.

V. J. tomó su mochila y se encontró con él en la acera.

–¿Vamos?

–Claro.

Pearl's estaba casi vacío. El extraño parecía tan fuera de lugar allí que, en unos segundos, todos los ojos estaban clavados en él mientras iban hacia la mesa al lado de la cocina, la que solían reservar para las parejas. V. J. se dejó caer en el banco.

Kris se sentó en el banco y juntó las manos encima de la mesa de formica, con las iniciales LT&SR grabadas en el centro.

Laurie y Steve llevaban casi veinte años casados; una pareja típica del pueblo en contraste con aquel hombre que sin duda frecuentaría bares de sushi y elegantes clubs nocturnos.

¿Cómo se le había ocurrido llevarlo a comer allí?

–Un sitio interesante.

Viejo, oscuro y con olor a grasa rancia sí, pero «interesante» no describía Pearl's.

–La mejor cocina que encontrarás en muchos kilómetros. La única, de hecho.

Él rio y V. J. buscó algo gracioso que decir para oírlo reír de nuevo. Pero abandonó la idea cuando clavó en ella esos increíbles ojos de color chocolate. Tenía un rostro como esculpido en mármol.

–Me llamo Kris –se presentó, ofreciéndole la mano–. De Los Ángeles.

V. J. se limpió la mano en los vaqueros antes de estrechársela y, de inmediato, sintió una descarga eléctrica.

–Lo siento, electricidad estática. En esta época del año ocurre mucho –murmuró, apartando la mano. ¿Sería demasiado melodramático jurar no volver a lavársela nunca?–. Yo me llamo V. J. Lewis y soy de ninguna parte. Y seguiré siendo de ninguna parte si no me pongo a trabajar ahora mismo. Estoy ahorrando todo lo

que puedo para escapar de aquí.

Después de decir eso, se levantó. Odiaba hacerlo, pero eran casi las cuatro.

–¿Te marchas? –Kris inclinó a un lado la cabeza y un mechón de pelo, que le llegaba casi por los hombros, le cayó sobre la frente.

Ella puso las manos a la espalda para no caer en la tentación de tocarlo. Tocar las obras de arte estaba mal.

–Tengo que ponerme el uniforme.

Kris miró a los demás clientes, que los observaban con total descaro.

–¿Trabajas aquí?

Su acento era asombroso. Hablaba en su idioma, el que había usado toda la vida, pero cada sílaba sonaba exótica y especial.

–Pues sí. Cinco días a la semana.

Por el rabillo del ojo vio que sus hermanos se dirigían a la mesa.

–¿Quién es el pringado? –preguntó Lenny.

V. J. le dio un golpe en el hombro.

–Déjalo en paz. Solo está aquí de paso, así que no es una amenaza.

Lenny la empujó a un lado como si no pesara más que una pluma y, antes de que pudiese recuperar el equilibrio, Kris se levantó del banco para colocarse a su lado, fulminando a Lenny y Billy con la mirada. El corazón se le aceleró cuando se colocó frente a ella como un escudo. Nadie en Little Crooked Creek se atrevía a enfrentarse con uno de sus hermanos, y menos con los dos a la vez. Kris era un héroe.

–Kristian Demetrious –se presentó–. ¿Y tú? –le espetó. Ella no necesitaba más para verlo como el caballero andante que había ido a rescatarla.

Pero entonces registró su nombre: Kristian Demetrious...

V. J. parpadeó rápidamente. ¿Kristian Demetrious, el famoso director de cine?

Nadie lo creería. Parecía totalmente diferente en persona. Seguramente pensaba que era una paleta por no haberlo reconocido antes. Tenía que llamar a Pamela Sue de inmediato. Después de comprobar que Lenny y Billy no barrían el suelo con el prometido de Kyla Monroe, claro.

–Son mis hermanos. Les gusta hacerse los duros, pero son inofensivos –le dijo–. Discúlpalos, es que han cerrado los psiquiátricos de la zona –añadió, empujándolos–. Venga, id a tomar otro café. Invito yo. Y calmaos un poquito, el señor Demetrious no ha venido a pelearse con vosotros.

Kristian Demetrious, el prometido de Kyla Monroe. Los hombres como él siempre estaban prometidos con mujeres como Kyla: guapísima, elegante y famosa, con una estantería llena de premios.

Bueno, había sabido desde el principio que aquel dios no estaba a su alcance. Había malinterpretado sus inocentes comentarios, retorciéndolos para convertirlos en algo salido de una novela romántica.

Lenny y Billy se alejaron hacia la barra, mirándolos por encima del hombro.

–Son un poco idiotas, lo siento. Pero gracias por intentar salvarme de todas formas.

Kris se encogió de hombros, apartándose el pelo de la cara con gesto incómodo.

–¿Ahora me llamas señor Demetrious? –bromeó, volviendo a sentarse en el banco–. No me gustan las formalidades. ¿Podemos volver a ser Kris y V. J.?

Su sonrisa era tan contagiosa, tan sorprendente, que V. J. se la devolvió sin darse cuenta.

–No, no podemos. Mi madre me educó para que fuera respetuosa.

–Me gustas más cuando eres irrespetuosa –Kris dejó escapar un suspiro–. Evidentemente, sabes quién soy. Imagino que por Kyla, no porque hayas visto mis películas.

–Lo siento. Leo la revista *People*, pero tenemos suerte si ponen un par de películas al mes en Van Horn. Para este rincón perdido del mundo, tus películas son demasiado... no sé, sofisticadas.

–Oscuras –dijo él, con gesto decidido, apasionado–. Pero eso va a cambiar y muy pronto.

–Ah, muy bien. Bueno, yo tengo que trabajar.

Y poner cierta distancia antes de empezar a interrogarlo sobre su trabajo, sus planes, sus sueños. Le gustaría oírlo hablar toda la noche, una conversación sofisticada de esas que nunca podía tener con nadie en Little Crooked Creek.

Pero cuando iba a darse la vuelta, Kris la tomó del brazo y el calor de su mano la hizo suspirar.

Qué maravilloso sería tener esa mano, las dos, sobre su cuerpo; acariciándola, desnudándola...

–Cámbiate rápido, estoy muerto de hambre –dijo él, arqueando una ceja.

Antes de saber que estaba prometido, ese era el tipo de comentario que hubiese malinterpretado por una invitación.

–El cliente manda. Vuelvo enseguida.

V. J. se alejó, temiendo que desapareciera si volvía la cabeza para mirarlo.

Pertenecían a mundos diferentes, pensó. Él estaba allí solo por accidente, no para hacer sus sueños realidad.

Kris Demetrious era un hombre comprometido que había aterrizado en medio de Little Crooked Creek por unas horas, pero que pronto desaparecería de su vida.

Capítulo Dos

Kris se apoyó en el respaldo de madera del banco y observó a su espejismo del desierto haciendo media docena de cosas a la vez: metiendo una tarjeta en la anticuada máquina de fichar, hablando con la mujer de la cocina, usando la vieja cabina de teléfono entre una máquina tragaperras y los servicios.

Se movía de una manera tan vibrante... ¿Dónde estaba su cámara cuando la necesitaba? Algo tan hermoso debería ser capturado para la posteridad.

No para nadie más; solo para él. Un secreto egoísta para celebrar algo artístico. Tal vez esa era la clave para el concepto de *Visiones en negro*, una frustración que llevaba consigo desde hacía semanas.

La luz en el restaurante era muy pobre, pero la llevaría fuera, con el último sol de la tarde en la cara, frente a las montañas. Tal vez le haría una entrevista para capturar ese tono suyo, esa sinceridad, esa naturalidad. Le encantaba esa transparencia.

Había dejado su casa en Los Ángeles antes del amanecer con intención de ir directamente a Dallas, donde se vería con Kyla y Abrams, el inversor, para orquestar una campaña publicitaria que provocase interés en *Visiones*.

Pero una noche más sin Kyla le parecía maravilloso.

Él solo quería hacer cine, no lidiar con la parte financiera del asunto o la publicidad o la interminable burocracia de Hollywood. *Visiones en negro* era el vehículo ideal para llevar su carrera a lo más alto, al público le encantaría Kyla en el papel protagonista y su carisma en la pantalla era indiscutible.

Ella era una parte necesaria del paquete, sobre todo porque el productor, Jack Abrams, había insistido, pero Kris estaba de acuerdo en que sería beneficioso para la taquilla.

La necesidad de llevar esa historia a la pantalla era tan fuerte que estaba dispuesto a soportar a su ex y a apartar cualquier otro obstáculo en su camino.

Al día siguiente.

V. J. volvió a su lado con una sonrisa en los labios.

–¿Pollo frito?

–Por supuesto –respondió Kris. Nadie en Los Ángeles comía pollo frito por las calorías, pero el olor había hecho que el estómago lo

pidiese a gritos desde que entró en el restaurante–. Y una cerveza.

–Lo siento, pero no puede ser. Estás en el oeste más conservador, ¿que tal un refresco?

–¿No servís alcohol? –Kris miró alrededor. Todos los parroquianos estaban tomando un líquido de color ámbar, té seguramente.

–Me temo que así es –V. J. se inclinó hacia él, moviendo cómicamente las cejas–. Aquí somos todos buenos baptistas. Salvo en privado, claro.

Kris lo entendía muy bien. Él provenía de una familia griega ortodoxa y conservadora… salvo en privado. Diferente nombre, la misma hipocresía.

–Una Coca-Cola entonces.

–Ahora mismo se la traigo, señor.

–Deja de llamarme señor. Y vuelve enseguida a hacerme compañía.

Le gustaba V. J., pero pronto tendría que marcharse. ¿Qué había de malo en guardar en su cabeza todas esas imágenes de ella?

–No puedo, estoy trabajando.

–Este sitio esta prácticamente vacío.

V. J. miró alrededor.

–Bueno, de acuerdo, me quedaré contigo. Pero solo unos minutos.

Luego se levantó para entregarle el pedido a la mujer que estaba en la cocina.

Los hermanos, claramente adoptados, lo miraban de manera malévola por encima del hombro, pero no se habían movido de la barra por el momento.

Una joven delgada entró entonces en el restaurante y corrió hacia V. J.

Divertido, Kris se cruzó de brazos mientras las veía susurrar, mirándolo a hurtadillas. Unos minutos después, la otra mujer se dirigió a la barra, observándolo con tal descaro que estuvo a punto de tropezar.

–¿Es amiga tuya? –le preguntó Kris cuando V. J. volvió a la mesa.

Era tan fácil hablar con ella. No resultaba fácil encontrar verdaderos amigos en Hollywood, especialmente para alguien con fama de antipático y serio. Pero eso no le hacía perder el sueño. Sin embargo, con V. J. era diferente.

–Prácticamente desde que nacimos. Se llama Pamela Sue y solo ha venido a mirarte.

Kris rio.

–No estoy acostumbrado a tanta sinceridad, pero me gusta. ¿Qué significa V. J., por cierto?

–Victoria Jane. Es demasiado elegante para este sitio, así que la mayoría de la gente me llama V. J.

V. J. le pegaba más. Era corto, insolente e inusual.

–¿La mayoría pero no todos?

–Muy perceptivo, ¿eh? Mi madre no me llamaba así, pero murió hace casi un año.

El dolor que vio en sus ojos se le clavó en el corazón y, sin pensar, le tomó la mano.

–Lo siento –murmuró–. Después de un desgraciado intercambio de palabras con su padre dieciséis años antes, Kris había dejado atrás Grecia, su puesto en la naviera Demetrious y la fortuna familiar. Dejar de ver a su madre fue lo que más le dolió y hablar por teléfono no era lo mismo. Pero que ni siquiera una llamada fuera posible debía ser terrible–. Imagino que es muy duro perder a una madre.

–¿Estás intentando hacerme llorar? –V. J. tragó saliva.

–No, lo siento.

Entonces oyeron ruido de platos en la cocina.

–Es la sutil manera que Pearl tiene de llamarme al orden. En serio, debería invitarte a comer. No ha habido tanta gente desde el funeral del viejo Smith.

Mientras charlaban, el restaurante había ido llenándose y la mayoría de las mesas estaban ocupadas por familias, ancianos o adolescentes llenos de granos.

–¿Estás diciendo que soy tan popular como un difunto?

No debería ser gracioso, pero Kris estaba sonriendo.

V. J. apartó la mano.

–Bueno, tengo que trabajar. Encantada de conocerlo, señor Demetrious. Les deseo a usted y a la señorita Monroe toda la felicidad del mundo.

Kris hizo una mueca.

–Kyla y yo no estamos comprometidos.

No le gustaba saber que los rumores sobre su compromiso empezaban a extenderse, sin duda gracias a Kyla, pero ese era el trato si quería hacer *Visiones en negro*.

No se hacía ilusiones románticas del amor o el matrimonio. Una unión basada en un acuerdo beneficioso para las dos partes tenía más posibilidades de funcionar que una basada en el amor. Nunca iba a casarse con nadie, y menos con Kyla, a quien no veía desde

que ella rompió la relación sollozando teatralmente… un día antes de meterse en la cama con Guy Hansen.

–Ah, bueno, entonces que lo pases bien –V. J. sonrió antes de volver a la cocina.

Más tarde esa noche, V. J. sonreía mientras subía los escalones de su casa y empujaba la mosquitera de la puerta.

Kris y Kyla Monroe no estaban comprometidos.

En fin, tampoco tenía demasiada importancia, pero no podía dejar de sonreír. Kris era un hombre amable, guapísimo y no estaba comprometido.

¿Tendría algún horrible defecto? De ser así, no quería saberlo. Por el momento era su fantasía hecha realidad, sin defectos ni malas costumbres.

Era divertido imaginar a Kris volviendo allí algún día, en su Ferrari, con un ramo de rosas en la mano. Y deprimente, ya que no iba a pasar.

Entró en la casa de puntillas y se detuvo cuando crujió un tablón del suelo.

–V. J., ¿eres tú? –escuchó la voz de su padre desde el salón.

Ella hizo una mueca. Estaba borracho otra vez. Y parecía enfadado.

El repuesto, pensó. Había olvidado el repuesto para la camioneta de Gus. No había podido dejar de pensar en Kris Demetrious…

V. J. irguió la espalda antes de entrar en el salón. Su padre estaba tirado en un sillón, donde debía haber estado toda la tarde, con los ojos enrojecidos.

–Vaya, ya era hora –le espetó, tomando un trago de cerveza–. Por fin has decidido venir a casa, ¿no?

Cada uno había lidiado con la muerte de su madre a su manera, pero él había ido cayendo en una espiral de alcohol…

–Siento mucho lo del repuesto, papá. Llegué tarde al pueblo y fui directamente a trabajar.

–Gus necesita la camioneta. Ve a llevar el repuesto ahora mismo –sin mirar, su padre intentó dejar la botella en el borde de la mesa, pero cayó al suelo, manchando de cerveza el suelo de madera.

–Es tarde. Bobby lo hará por la mañana –dijo V. J.

Bobby tenía una mujer y tres hijos a los que no veía nunca porque había tenido que hacerse cargo del taller desde que su padre decidió matarse poco a poco con el alcohol. ¿Y qué le quedaba a ella? ¿Meterse en la cama y soñar con un hombre que había pasado

un momento por su vida?

El padre tomó el mando de la televisión.

–Te dije que llevaras el repuesto al taller, desagradecida. Tráeme otra cerveza.

V. J. levantó la cabeza, airada.

–Papá, estás borracho y tienes que irte a la cama.

–¡No me levantes la voz! Y no me juzgues, no estoy borracho. Estoy muerto de hambre porque te has ido y has olvidado dejarme hecha la cena. Tu trabajo está aquí.

–Perdona, papá, no quería faltarte al respeto –V. J. se mordió los labios–. Pero pronto me iré a Dallas y los chicos y tú tendréis que encontrar la manera de hacer las cosas por vosotros mismos cuando ya no esté aquí.

La prima de Jenny Porter, Beverly, había comprado una casa en Dallas y le había ofrecido una habitación en alquiler, pero no estaría terminada hasta septiembre.

Su padre sacudió la cabeza.

–El Señor ha puesto a las mujeres en el mundo para cocinar, limpiar y tener hijos. Y puedes hacer todo eso aquí, en Little Crooked Creek.

–No voy a quedarme aquí, viendo cómo bebes hasta matarte –replicó ella, con los ojos empañados–. Estoy cansada, papá. Siento mucho lo del repuesto de Gus y siento haber olvidado la cena, pero me voy a dormir.

Pero cuando se dio la vuelta, su padre la sujetó del brazo.

–No me des la espalda, jovencita. Quiero que dejes tu trabajo y olvídate de ir a Dallas. Tu sitio está aquí.

Enfatizaba cada palabra sacudiendo el brazo hasta que los ojos de V. J. se llenaron de lágrimas. Por primera vez desde la muerte de su madre, tenía miedo.

Su madre siempre había sido algo así como un árbitro, su defensora en una casa llena de hombres. Pero ella no tenía la paciencia de su madre ni su capacidad para perdonar.

Debería ir a su habitación, guardar algo de ropa en una bolsa y marcharse a casa de Pamela Sue.

–Aunque has sido muy lista escondiendo ese dinero bajo la cama, en esa caja –dijo su padre entonces, con un gesto de desprecio.

Ella lo miró, asustada.

–¿Has entrado en mi habitación?

Su padre le soltó el brazo y V. J. dio un paso atrás. No podía ser. No habría mirado en la caja de tampones. Sus hermanos no la

tocarían ni con un palo, por eso le había parecido el escondite perfecto.

–Esta es mi casa y mío es todo lo que hay en ella –replicó su padre–. Necesitaba un camión nuevo –añadió, señalando la ventana–. Me lo ha traído Tackle.

V. J. miró hacia la ventana y le pareció que la habitación empezaba a dar vueltas al ver un camión nuevo en la puerta del garaje...

–¿Me has robado el dinero? ¿Todo? –exclamó, llevándose una mano al corazón.

–Es mi casa, es mi dinero.

La mayoría del dinero era de su madre, que se lo había dado bajo cuerda cuando el médico le dijo que lo suyo no tenía solución. Tardaría una semana en ganar dinero suficiente para comprar un billete de autobús, por no hablar de la comida y otras necesidades básicas, como el alquiler.

–Es mi dinero, así que el camión es mío –replicó, más furiosa que nunca–. Dame las llaves.

Intentaba recordar cómo había sido su padre antes de que su madre muriese, pero ese hombre ya no existía.

–Las llaves están escondidas –dijo él, con una sonrisa irónica–. Ahora que sabes cómo están las cosas, ve a la cocina y hazme algo de cena.

–No, papá. Esta vez te has pasado. Háztela tú mismo.

Un golpe inesperado la hizo dar un paso atrás. V. J. se llevó una mano a la mejilla, atónita. Su padre nunca la había pegado...

–Lávate la boca con jabón, jovencita. Y mientras estás en la cocina, limpia un poco. Los chicos han dejado los platos en el fregadero –después de decir eso, volvió a sentarse en el sillón como si no hubiera pasado nada.

V. J. lo miró, sin apartarse la mano de la dolorida mejilla. Tenía que irse de allí y aquella era su oportunidad.

Fue a su habitación con el corazón encogido y, una vez dentro, apoyó una silla contra el picaporte por si su padre intentaba entrar.

Empezó a guardar las cosas en una bolsa de viaje. Muchas cosas, tantas como le era posible, porque no pensaba volver. No iba a estar un par de días en casa de Pamela Sue, esperando que a su padre se le pasara la borrachera, como en otras ocasiones.

Se quitó el uniforme de camarera, rasgando una manga, pero daba igual, ya que no iba a volver a ponérselo. Sin mirar, se puso una camiseta y unos vaqueros, parpadeando para contener las lágrimas.

Abandonar la colección de novelas románticas de su madre le dolía en el alma, pero había quinientas novelas en la estantería. Tal vez algún día podría volver a buscarlas. Sin embargo, no podía dejar atrás *El abrazo del bribón*, la novela favorita de su madre, y la guardó en la bolsa.

Entonces oyó un golpe al otro lado de la puerta y, a toda prisa, abrió la ventana. Con el canto de la mano, apartó la mosquitera y pasó la pierna por el alféizar, sin volverse para mirar la que había sido su habitación desde el día que nació.

No tenía adónde ir ni tenía dinero. Se dirigió a la calle principal del pueblo, y estaba a punto de llegar a Pearl's, cuando sus ojos volvieron a empañarse, pero respiró profundamente. No podía permitirse el lujo de llorar.

Tenía veintiséis dólares en el bolsillo, lo que había sacado en propinas aquel día. Había pasado mucha gente por el restaurante gracias al Ferrari aparcado en la puerta.

Pero con veintiséis dólares apenas podría pagar la comida de un día y no tenía dinero para el billete de autobús.

Lenny y Billy solo la echarían de menos a la hora de las comidas, pero Bobby y Tackle dependían de ella en el taller. Claro que Tackle le había vendido el camión a su padre...

Debía haberle preguntado de dónde había sacado el dinero. Su padre habría mentido, por supuesto, pero la traición de su hermano le dolía en el alma.

Cuando pasó frente a la heladería de MacIntyre pensó que ya no podría sentarse allí con Pamela Sue como había hecho tantas veces.

Las cosas no serían nada fáciles.

Llegó al único hostal en Little Crooked Creek. Pero mientras intentaba imaginar cómo iba a convencer al dueño para que le diese habitación gratis vio el Ferrari amarillo aparcado en la puerta.

De modo que Kris se había quedado en el pueblo.

El pulso se le aceleró. Seguía allí, no se había ido a Dallas con Kyla, con quien no estaba comprometido.

Tal vez él la llevaría a algún sitio a cambio de que le indicase el camino para llegar a Dallas. La había defendido de sus hermanos... Kris la ayudaría, estaba segura.

Pero entonces tendría que explicarle por qué no llevaba dinero y por qué tenía tanta prisa por irse del pueblo.

V. J. apretó los dientes. No quería contarle a Kris su triste vida y tampoco quería mentir.

¿Y si hacía parecer que estaba ayudándolo? ¿Y si algo le pasaba al coche?

«Ah, ¿que no arranca? Deja que le eche un vistazo. Ah, aquí está el problema. No, no, no puedo aceptar dinero a cambio, pero tal vez podrías llevarme a Dallas».

Un plan absurdo. ¿Y si el motor fuera diferente? Solo había una manera de descubrirlo ¿y qué otra cosa podía hacer? Aquella era una oportunidad de oro para escapar de Little Crooked Creek y empezar de nuevo en Dallas. Su futura compañera de casa tal vez la dejaría dormir en el sofá de su apartamento.

El viaje a Dallas duraría nueve horas. Nueve horas en compañía de Kris Demetrious. Quinientos cuarenta minutos... más aún si ella pudiese estirarlos.

Miró el interior del coche, con cuidado para no tocarlo por miedo a que saltase la alarma. Pero en el salpicadero no había luces rojas, de modo que tal vez no tuviese la alarma conectada.

Nerviosa, sacó una lima metálica del bolso y frunció el ceño. No era lo bastante larga.

Por instinto, probó a abrir la portezuela... que se abrió sin el menor problema. Solo los ricos dejaban el coche abierto, pensó, irónica.

Rápidamente, pulsó el botón que abría la cubierta del motor. Al menos sabía que estaba en la parte trasera. Afortunadamente, el cable de arrancado estaba situado en el mismo sitio que en cualquier otro coche, y lo desconectó sin el menor problema. Kris no podría arrancar el Ferrari sin ayuda.

Después de hacerlo, cerró la cubierta y tomó la bolsa del suelo.

Kris examinó el motor del coche de Kyla. Nada parecía fuera de lugar, pero él no sabía nada de coches. Había arrancado perfectamente desde que lo tomó prestado. ¿Qué había pasado de repente?

Murmurando maldiciones sacó el móvil del bolsillo de la camisa.

–¿Algún problema con el coche, jefe? –escuchó la voz de V. J. tras él.

Kris sonrió, extrañamente contento, pero cuando se dio la vuelta y vio la marca roja en la mejilla de V. J. frunció el ceño.

–¿Qué te ha pasado?

Ella dio un paso atrás, pero Kris le tomó la cara entre las manos para observarla de cerca. El golpe no parecía necesitar atención médica, pero de repente sintió una furia inusitada.

–¿Quién te ha hecho eso? ¿Uno de tus hermanos?

O empezaba a dar nombres o pondría el pueblo patas arriba hasta que descubriese quién era el culpable. V. J. era pequeña, muy

pequeña. ¿Cómo podía alguien darle una bofetada tan fuerte como para dejarle un cardenal?

–Nadie, me tropecé –respondió ella–. Estaba oscuro.

–Ya, claro.

«Las criadas han vuelto a cambiar de sitio los muebles, cariño», solía decir su madre. Era una excusa igualmente inefectiva, como si él fuera ciego y estúpido. Pero ya no era un niño asustado escondido en su habitación, inventando historias en su cabeza en las que controlaba a los personajes y todo tenía un final feliz.

La furia le hizo apretar los puños. Nunca había podido ayudar a su madre, distanciándose cada día más de una situación que no podía controlar. Distanciarse era la única defensa que tenía contra su padre.

Sus padres habían estado apasionadamente enamorados una vez, pero su relación había degenerado de forma terrible, de modo que él empleaba mecanismos compensatorios para no cometer los mismos errores: evitar relaciones serias y mantener las distancias. Las mujeres se cansaban pronto de esa actitud y él lo aceptaba. Tal vez incluso las animaba a cansarse. Kyla no había sido una excepción.

Pero no podía fingir indiferencia hacia V. J. porque necesitaba su ayuda. Le gustase o no, su papel en aquella situación tenía un segundo acto.

–En serio, ha sido un accidente. ¿Puedo ayudarte con el coche?

–Un accidente –repitió Kris, irónico–. ¿Con qué has tropezado?

–Pues... con el sofá.

Miró el cardenal que tenía en el brazo. Había cinco dedos marcados, con pequeños cortes en forma de media luna.

–¿Y el sofá tenía uñas?

V. J. masculló una palabrota y, asustado, Kris la envolvió en sus brazos, decidido a ayudarla como fuera.

Pero entonces recordó que V. J. apenas lo conocía y podría darle una bofetada por tomarse esas libertades.

Pero no lo hizo. En lugar de eso, apoyó la cara en su torso, sollozando. Cabía en su pecho como si hubiera sido hecha para estar allí y eso le despertó un fiero sentimiento protector.

Un minuto después, el llanto terminó. V. J. se apartó para respirar, con el rostro bañado en lágrimas, que se apartó con el dorso de la mano.

–Lo siento. No sé qué me ha pasado, no lloro nunca.

–Yo sí sé lo que ha pasado: has tenido una mala noche y no creo que ayude mucho dormir en la calle. Deja que te lleve a algún

sitio… donde quieras, mientras no sea con la persona que te ha pegado.

–No he dormido en la calle –protestó ella–. Iba a trabajar. Esa es la razón por la que estoy aquí.

–¿Ah, no? Tienes la marca de la acera en ese lado de la cara, V. J. Venga, sube al coche… ah, espera, se me había olvidado que no arranca. ¿Puedes darme el número del taller en el que trabajas? Necesito un mecánico.

De repente, V. J. se puso a llorar de nuevo y Kris le acarició el hombro.

–Lo siento, no quería meterme con tu talento para la mecánica. Me encantaría que echases un vistazo al coche. Por favor.

–No te disculpes –dijo ella–. No hace falta.

–Parece que no sé qué decir. Todo lo que digo te hace llorar.

Sin decir una palabra más, V. J. se apartó para acercarse al motor y conectó un cable en el que Kris no se había fijado.

–Ya está.

–¿Cómo lo has hecho?

–Yo misma lo desconecté anoche –le confesó–. Prueba ahora.

Atónito, Kris subió al Ferrari y, al pulsar el botón de arrancado, el poderoso motor rugió como de costumbre.

–Muy bien –le dijo, enarcando una ceja–. Venga, sube al coche.

–No puedo. Esto ha sido un error, lo siento. Quería hacer un intercambio: yo te arreglaría el coche y tú me llevarías a Dallas, pero has sido tan comprensivo que ahora me siento fatal… no puedo aprovecharme de ti.

Kris tuvo que morderse los labios para no soltar una carcajada.

–A ver si lo entiendo: no aceptas que te lleve porque no quieres aprovecharte de mí.

–Eso es. No es que me parezcas repulsivo ni nada, al contrario –V. J. suspiró–. Déjalo, estoy diciendo tonterías.

–Es demasiado tarde, ya has admitido que te gusto. ¿Qué voy a hacer contigo ahora?

–Tengo fama en Little Crooked Creek. Las madres encierran a sus hijos en casa cuando me ven pasar.

Kris soltó una carcajada. Su sentido del humor era tan nuevo y refrescante para él.

–Mi madre vive a miles de kilómetros de aquí, así que eso no será un problema. Te perdono por desconcertar el cable si tú me perdonas por no creer que hayas tropezado –le dijo, abriendo la puerta del pasajero–. ¿Nos vamos?

V. J. lo pensó un momento.

–Ayer no me conocías de nada. ¿Por qué quiere mezclarte en esto?

Una buena pregunta. La cuestión era cuánto tiempo querría estar involucrado.

–¿Alguien va a perseguirme con un rifle?

–Lo dudo –V. J. sonrió–. Bobby y Tackle podrían hacerlo, pero están demasiado ocupados. Los cretinos... bueno, perdón, mis otros hermanos antes tendrían que darse cuenta de que me he ido.

–¿Y tu padre?

V. J. apartó la mirada.

–No puedo predecir lo que hará mi padre. Esa es la razón para que te olvides de mí y te vayas de aquí lo antes posible.

–No podría dormir por las noches si hiciera eso. Venga, sube al coche.

–¿Cómo es posible que seas real? –V. J. estudió su rostro–. Es como si hubiera soñado al hombre perfecto y de repente hubiese aparecido a mi lado.

–No soy perfecto, te lo aseguro. Si subes al coche, descubrirás que no siempre soy divertido.

Ella vaciló antes de asentir con la cabeza.

–Muy bien, iré contigo. Pero permíteme que te adore en secreto o no hay trato.

Kris tuvo que esbozar una sonrisa.

–¿Cómo voy a negarme?

La ayudó a subir al asiento del pasajero y cerró la portezuela antes de colocarse tras el volante, mirándola a hurtadillas.

Era peligrosa, muy peligrosa. ¿Cuándo fue la última vez que tiró por la borda su regla de distanciarse?

–¿Dónde quieres que te lleve? –le preguntó, poniéndose las gafas de sol–. ¿A casa de tu amiga, la chica de ayer?

Ella miró por la ventanilla.

–Me temo que es más complicado.

–Ah, lo complicado es mi especialidad –dijo él, mientras salía del aparcamiento del hostal–. ¿A la derecha o la izquierda?

V. J. respiró el aroma de los carísimos asientos de piel. Aquel era un mundo tan nuevo para ella.

–A la izquierda y luego a la derecha en el almacén de piensos.

–¿Y luego?

–Luego ochocientos kilómetros y otra vez a la derecha. Así estaré más cerca de mi destino.

–Ah, entonces te escapas. ¿Por qué no me lo habías dicho?

–¿Tan transparente soy? Preferiría ser una mujer misteriosa

llena de secretos.

–No, qué horror. Las mujeres con secretos son exasperantes.

Al día siguiente echaría de menos a Pamela Sue, Bobby y Tackle. Visitar la tumba de su madre, a Pearl, el atardecer recortado contra las montañas...

Por el momento, la llamada de la aventura y una nueva vida ahogaban los susurros del pasado.

Kris señaló el asiento trasero.

–Ahí detrás hay una bolsa con mi MP3. Elige algo de música. Hay un camino muy largo hasta Dallas.

V. J. dejó escapar un suspiro de alivio. Nueve horas en compañía de Kris. Nueve horas en aquel coche asombroso con su dios griego.

Capítulo Tres

¿Qué clase de música le gustaría? V. J. tomó la bolsa y rebuscó en su interior.

Estaba tocando las cosas de Kris Demetrious, pensó, como una adolescente. Había un cepillo de dientes verde, un desodorante, un cepillo para el pelo con una cinta elástica en el mango. Nunca lo había visto con el pelo recogido y esperaba no verlo. Le encantaba que lo llevara suelto.

–¿No lo encuentras? –le preguntó él al ver que olía el desodorante.

–En realidad, soy reportera de una revista de cotilleos y estoy escribiendo un artículo sobre famosos directores de cine y lo que llevan en su equipaje –bromeó V. J.–. Me has pillado.

Vio entonces una cajita de terciopelo. Debía ser un anillo de compromiso, pensó. Y le dolió. Sería mejor aceptar de una vez que aquel hombre no estaba a su alcance.

–¿Qué ocurre?

–Nada –respondió ella, sacando el aparato–. Ya lo tengo. A ver qué tienes... ¿cómo se enciende esto?

–¿Nunca has usado un MP3? Toca la pantalla y se despierta.

–¿Está dormido? –fascinada, V. J. tocó la pantalla–. ¿Ronca también?

Kris rio.

–Hay una lista de canciones. Elige una.

Ella miró la pantalla.

–No conozco a ninguno de estos artistas. ¿No tienes a Kenny Chesney o Miranda Lambert?

–No hay música country y no la habrá nunca –respondió él, tomando el MP3 para ponerlo en el salpicadero. Pulsó la pantalla dos veces y, de repente, empezaron a sonar las notas de una guitarra. Era una melodía tan emocionante que le robó el aliento. Nunca había imaginado que alguien pudiese poner tanta pasión en unas cuantas notas.

–Se llama Johannes Linstead. ¿Te gusta?

–Es maravilloso, se me encoge el corazón. ¿Es raro que me den ganas de llorar?

–A mí también me hace sentir eso –respondió Kris, girando la

cabeza para mirarla por encima de sus gafas de sol.

Y en esa mirada... había un mundo en el que V. J. querría entrar.

–Será nuestro secreto –dijo él entonces, volviendo a mirar la carretera.

El corazón le latía a tal velocidad que era un milagro que él no pudiese oírlo. V. J. lo miró. ¿Qué había pasado? Había sido un momento cargado... de algo. Emocionante para ella al menos.

–¿Por qué a veces parece como si estuvieras flirteando conmigo?

–Porque es así.

–¿Por qué? –insistió V. J.

–Me gustas, eres divertida, guapa. ¿Qué hay de malo? Es inofensivo y no contiene calorías. Además, tú también flirteas conmigo.

«Inofensivo». Nada más que un deporte para la gente guapa.

–Claro que también flirteo. Conduces tú y no quiero que me dejes tirada en la carretera.

Kris no respondió a la broma.

–Las mujeres no flirtean conmigo. Me dan la llave de su casa o me siguen al servicio en los bares. Flirtear contigo es todo lo contrario a eso... me gusta. No hay expectativas, es seguro.

Ah, era «segura». Qué horror.

Tenía que dar marcha atrás, pensó. Distanciarse, o al final Kris se le metería en el corazón aplastándolo sin piedad.

–Háblame de Kyla. ¿Dónde os conocisteis?

Él apretó los labios.

–No quiero hablar de Kyla.

La referencia a su futura prometida fue como un jarro de agua fría. El ambiente en el interior del coche pareció helarse. Fantástico. Exactamente lo que ella pretendía para no pensar en ese momento cargado de no sabía qué.

–Bueno, entonces háblame de tu próxima película.

–Prefiero no hablar durante un rato.

V. J. lo miró, sorprendida.

–Como quieras.

Cuanto menos hablasen mejor, porque su acento, tan sexy, le rodaba por la espina dorsal como si fuera una caricia.

Apenas se conocían. Eran dos extraños que pronto se despedirían para siempre y que estaban juntos por casualidad. ¿Qué podían ser el uno para el otro?

Kris suspiró unos segundos después.

–¿Te he dicho cuánto me gustas?

–Sí, pero deberías decírmelo otra vez.

Tal vez empezaba a ser una experta en el deporte del flirteo. El truco era no dejar que Kris se diera cuenta de que esas frases iban directamente a un sitio entre sus muslos.

Él se mordió entonces el labio inferior y V. J. tuvo que apartar la mirada de esos dientes perfectos.

–El problema es que Kyla será la protagonista de mi próxima película, *Visiones en negro*. Necesito financiación y, sin un inversor, el proyecto está muerto. Es lo malo de no estar afiliado a ningún estudio.

–¿Y lo que exige el inversor merece la pena?

Kris apretó el volante con fuerza y V. J. le puso una mano en el brazo. Quería consolarlo, aunque no sabía por qué.

Pero sí sabía una cosa: aquel hombre no era ni sería nunca un extraño. Había algo entre ellos, un reconocimiento, una atracción que no podía estar imaginando.

–¿Que si merece la pena? –Kris exhaló un suspiro–. ¿Tener la oportunidad de dirigir esta película que cimentará mi carrera y me pondrá en la lista de los directores más buscado? Sí, desde luego que sí. Llevo años trabajando para esto.

V. J. tragó saliva, sintiendo una punzada de deseo que intentó disimular.

–Eso es mucho para una sola una película, ¿no? Por curiosidad, ¿qué te ha pedido que hagas a cambio?

Kris apretó la mandíbula.

–Anunciar públicamente que Kyla y yo estamos comprometidos.

Kris podría haber seguido al menos cien kilómetros más sin mencionar el tema porque iba a tener que contarle que todo era un asunto publicitario, uno que sospechaba era idea de Kyla. Seguramente habría roto con Guy Hansen y estaba buscando otro hombre, pero conociendo a Kyla podría tener cualquier otro motivo. Y hasta que lo descubriese, lo mejor sería dejar el tema.

Tener a Kyla como protagonista de su película era fundamental, de modo que tenía que aceptar. Sin ella y sin la publicidad que eso conllevaría, Abrams retiraría la inversión. Y sin la experiencia de Abrams y su dinero, su carrera no llegaría donde él quería que llegase. Punto.

–Ah, vaya.

Fascinada, V. J. miró por la ventanilla el paisaje que había visto un millón de veces. No sabía qué decir.

–¿Tienes hambre? –le preguntó él.
–No, gracias.
–¿Eso lo dice tu bolsillo o tu estómago? –Kris la miró, seguro de que era lo primero. Nunca había conocido a nadie más decidido a no aceptar ayuda.
–¿Estás practicando tu percepción extrasensorial?
–Sí, mi próximo truco será levitar.
Era una broma sobre su última película, pero V. J. no sonrió. ¿Dónde estaban la diversión y el flirteo? Desde que apareció entre una nube de polvo, su persistente mal humor había desaparecido y no quería que volviese.
Después de unos minutos de silencio, V. J. dijo:
–Kyla es una chica con suerte. Seguro que seréis muy felices juntos. ¿Cómo vas a pedir su mano? ¿Vas a meter el anillo en una copa de champán?
Su tono era falsamente despreocupado. Kyla la asustaba, estaba seguro. Inexplicablemente, abrió la boca para decirle que Kyla y él habían roto mucho tiempo atrás, pero la cerró sin decir nada. Valoraba su relación con Jack Abrams y esperaba asociarse con él para muchas más películas. V. J. probablemente no lo sabía, pero su trabajo era conseguir inversores, no poner una sonrisa en el rostro de un espejismo del desierto.
–No lo he pensado, pero seguramente le daré el anillo, sin más.
–¡No puedes hacer eso! –exclamó ella–. ¿No vas a pedirle que vaya a cenar contigo?, es una proposición de matrimonio. Seguramente ella lo habrá soñado toda su vida, así que tiene que ser perfecto. Algo que pueda contarle a vuestros hijos y nietos, algo que sea muy romántico.
–Lo dirás de broma.
–No, hablo en serio.
–Sé que no conoces a Kyla, pero no pensarás que ha soñado con una sola proposición de matrimonio para toda su vida.
¿Una sola? Kyla ya había estado casada con un actor australiano, un hecho que habían omitido las revistas de cotilleos.
–No lo sé, pero de todas formas...
–¿Y tú?
–¿Yo qué?
–¿Has soñado con la proposición ideal?
–Pues claro, un millón de veces.
Cuando su rostro adquirió la alegría que había echado de menos, se le encogió el estómago. Aunque las relaciones sentimentales no eran precisamente su tema favorito, si con eso conseguía hacerla

sonreír, lo daba por bueno.

–Cuéntame.

–¿Mi proposición ideal?

–La has soñado un millón de veces. Debería ser fácil.

V. J. se hundió en el asiento de piel, casi como si quisiera desaparecer en él.

–Te va a parecer una tontería.

–No, seguro que no –dijo Kris. Y era cierto, sentía curiosidad–. Quiero saberlo. Me interesa todo de ti.

Ella lo miró a hurtadillas.

–No te rías, ¿eh?

–No.

V. J. respiró profundamente.

–Quiero que guarde el anillo de compromiso en una caja enorme, para que yo no sepa lo que es. Cuando la abra, encontraré una cajita dentro. Entonces me daré cuenta de lo que significa.

¿Esa era la proposición con la que había soñado un millón de veces?

Muy aburrida. A él se le ocurrían cien ideas mejores. Por ejemplo, una escena con luz suave y... V. J. había vuelto a hacerlo. Había vuelto a sacarlo de detrás de la cámara.

–¿Alguien te ha propuesto matrimonio?

–Walt Phillips –respondió ella–. Bueno, en realidad no fue una proposición, más bien un simple comentario. Como si casarnos fuera lo más lógico porque llevábamos saliendo desde el instituto. ¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos Kyla y tú?

–No lo sé –respondió Kris–. No me preocupo demasiado por ese tipo de cosas.

–¿No celebras aniversarios?

–¿Hay que celebrar más de uno?

–El aniversario de tu primera cita, del primer beso, de la primera vez que hicisteis el amor, la primera vez que... –V. J. no terminó la frase–. ¿Por qué me miras así?

–Por nada. ¿Estás segura de que no quieres desayunar?

–¿Estás seguro de que quieres casarte con alguien de quien no estás enamorado?

Esa pregunta lo pilló tan desprevenido que dio un volantazo. La razón por la que le gustaba estar detrás de la cámara era precisamente para que nada lo pillase desprevenido.

–Parece que eres tú quien está practicando la percepción extrasensorial. ¿Por qué crees que no estoy enamorado de Kyla?

–Por favor... –V. J. hizo una mueca–. No necesito percepción

extrasensorial para saber que no estás enamorado de ella. Aunque vivas en Hollywood, no estarías tonteando conmigo si la quisieras de verdad.

–¿Por qué no?

–Porque recordarías la primera vez que la besaste, la primera vez que la abrazaste durante toda la noche. No podrías soportar estar separado de ella. Y, sin embargo, este coche puede ir a más de doscientos por hora y tú apenas rebasas el límite de velocidad. No hay que ser un genio para sumar dos y dos.

Él contuvo una risita nerviosa.

–¿Quieres conducir tú ya que yo lo hago tan mal?

–Ah, ahora cambias de tema. No te gusta hablar de Kyla, ¿eh?

–Tal vez porque mis relaciones son privadas.

–O porque no tienes relaciones –dijo ella–. El matrimonio es para siempre. Solo deberías casarte con alguien de quien estás locamente enamorado, una persona sin la que no puedas vivir.

–Eso no es amor, es pasión. Y la pasión es una simple cuestión de hormonas que muere tarde o temprano. No se me ocurre una razón peor para casarse.

–El amor y la pasión van unidos y es la única razón para casarse con alguien. Evidentemente, te falta educación en cuanto al romance.

Kris esbozó una sonrisa. V. J. lo mantenía interesado, tocaba algo elemental dentro de él. La atracción siempre le había llevado a la satisfacción sexual, no a aquel extraño anhelo… de algo más.

–Ah, ya veo. Tú eres una experta en romances.

–Pues sí, lo soy. Y, como tenemos varias horas de aquí hasta Dallas, si quieres puedo darte unas clases.

–¿Y cómo te has convertido en una experta? ¿Walt Phillips?

–Para nada. Novelas románticas.

–¿Novelas?

–Los libros son un método legítimo de aprendizaje, por eso los usan en los colegios.

Kris imaginó a V. J. en un aula, con uniforme, llevando una novela con un vikingo medio desnudo en la portada. Y luego la imaginó a ella medio desnuda. A la cámara le encantaría el color de su piel, su rostro, su sonrisa. Tanto como a él.

–Venga, inténtalo –la animó–. Estoy deseando saber qué es el romance según V. J.

–Bueno –ella se irguió en el asiento, más animada–. El romance tiene varios pasos, es una progresión. No te puedes meter en la cama con la persona que te gusta inmediatamente.

¿Ah, no? ¿Quién ha dicho eso? Tal vez era V. J. quien necesitaba unas clases.

–Primer paso: no meterse en la cama inmediatamente –repitió, irónico.

–El objetivo no es aprender los pasos sino entenderlos. Creer en ellos y reconocer que son ciertos. Así veras que no estás enamorado de Kyla.

Kris enarcó una ceja.

–¿Ese es el objetivo?

Entonces le llevaba ventaja porque ni una sola vez había confundido sus sentimientos por Kyla. Sus talentos eran legendarios y apreciados dentro y fuera de la pantalla, pero nunca había estado enamorado de ella. Ni siquiera recordaba bien esos «talentos». Tal vez no eran tan espectaculares.

–Cuando haya terminado de explicarte los pasos, tendrás que admitir que no estás enamorado de Kyla.

Era un juego tonto, porque él no se hacía ilusión alguna sobre su relación con Kyla, pero V. J. era tan divertida, tan natural.

El amor y el matrimonio tenían poco que ver entre sí y nada que ver con él. Y aquel espejismo del desierto no tenía ninguna posibilidad de convencerlo de otra cosa.

–¿Y si lo admitiera ahora mismo?

V. J. se quitó las gafas de sol para mirarlo.

–No entiendes las reglas de este juego. Se supone que yo debo explicarte los pasos y tú debes admitir que tengo razón. ¿Por qué vas a casarte con Kyla si no estás enamorado de ella?

–No he dicho que vaya a casarme. He dicho que vamos a anunciar nuestro compromiso, nada más.

–Ah, perdona por suponer que un compromiso lleva a una boda –V. J. soltó un bufido–. Ese es tu problema. Crees que estas cosas van por separado y no es así. Necesitas instrucciones sobre el amor, está claro.

Kris no podía dejar de sonreír.

–Puede que ya no haya esperanza para ti –V. J. se echó hacia delante–. ¿Vas a casarte con ella o no?

–Es... –Kris no terminó la frase. «Complicado» había estado a punto de decir–. Mira, sé que he dicho que preguntes en lugar de sacar conclusiones, pero esta es una excepción. Vamos a anunciar nuestro compromiso, pero Kyla sabe perfectamente que no estoy enamorado de ella. Dejémoslo ahí, ¿de acuerdo?

–Muy bien –asintió ella.

–Bueno, ¿cuál es el primer paso para el romance?

–La atracción. Tal vez son dos personas que se conocen desde hace años, pero un día ocurre, así de repente. Te fijas en que tiene unos ojos muy bonitos o en lo sexy que está con un vestido en particular. Tal vez se trata de dos extraños cuyos ojos se encuentran en una fiesta y sientes como una descarga eléctrica en la espina dorsal.

O un camión naranja que aparece de repente y del que sale un girasol con el pelo de color canela, pensó Kris.

–Hormonas, como he dicho antes.

–Bueno, si quieres verlo así –V. J. frunció el ceño–. La realidad es mucho más compleja. ¿Por qué las hormonas reaccionan ante una mujer y no ante otra? Por ejemplo.

Una pregunta interesante.

–Tal vez esa mujer resulte ser insoportable.

–Aún seguimos en el paso de la atracción, así que no sabrías nada de la personalidad de esa mujer. Ese sería el segundo paso. Una vez que has reconocido ese deseo fundamental por ella, llega el segundo paso.

–¿Y es?

–Atención.

V. J. se había acercado un poco más y, al hacerlo, Kris le rozó el pecho con el brazo. Un pecho cubierto solo por una delgada camiseta y sin la protección de un sujetador.

–¿Atención a qué? –le preguntó, después de aclararse la garganta.

–Le prestas atención a las cosas que le gustan, los libros que lee, por ejemplo. Notas las variaciones en el color de sus ojos, le pones un sobrenombre, recuerdas detalles que le gustan.

Ella le gustaba y sus pulmones ardían por el esfuerzo de no tomar una bocanada de oxígeno. De hecho, era un milagro que la cremallera de los vaqueros no le hubiese estallado.

–¿Cuántos pasos hay? –le preguntó.

–Seis –respondió–. El romance no es sencillo.

¿Qué era sencillo en la vida? Su compromiso con Kyla debía parecer real para que el público lo creyese. Y si el compromiso era una treta para que volvieran a estar juntos como sospechaba, Kyla vería a V. J. como competencia.

Kris suspiró. Las razones para despedirse de aquella chica eran infinitas. Y, por si la situación no fuera ya lo bastante extraña, había transformado a V. J. en la fruta prohibida.

–Todo eso es fascinante, pero yo no creo en los cuentos de hadas.

–¿Quién ha dicho nada de cuentos de hadas? –replicó V. J., pasándose las manos por las perneras de los vaqueros para que no viera que estaba nerviosa.

–Tú misma has dicho que eras aficionada a las novelas románticas.

–Pero ahora estoy hablando de la vida real.

–¿Qué vida real, la tuya?

–Sí, claro, algún día –V. J. se encogió de hombros–. Por eso le dije que no a Walt Phillips. Walt y el romance no hablan el mismo idioma. De hecho, es como si hablara en griego.

Mirándola por encima de sus gafas de sol, Kris dijo algo en griego.

–¿Qué significa?

–Te lo traduciré más tarde.

Aún sentía un cosquilleo donde la había rozado con el brazo y el sonido de su voz lo multiplicaba por mil.

Poco después pasaron frente al cartel que anunciaba el límite de Van Horn.

–Bueno, ahora sí tengo hambre –dijo V. J., aunque no era verdad–. Podemos parar para desayunar, si te apetece.

Sin decir nada, Kris entró en el aparcamiento de un restaurante de carretera y aparcó el Ferrari.

–¿Te importa pedir por mí? Voy a lavarme las manos –dijo V. J.

–¿Café, huevos revueltos y tostadas?

–Muy bien.

Una vez en el servicio, se miró al espejo y vio que tenía un hematoma bajo el ojo. Era lógico que Kris se hubiera asustado...

Él no creía en cuentos de hadas, pero ella tenía que creer. ¿Cómo si no iba a pensar que la vida podía ser diferente a la pesadilla de la que había escapado?

Desayunaron en silencio, pero su cercanía le provocaba un cosquilleo en el vientre.

–¿Me prestas tu móvil? –le preguntó.

–Sí, claro. Está en el coche.

–Tengo que llamar a alguien para decirle que estoy bien. Solo tardaré un minuto.

Kris asintió con la cabeza mientras se dirigía a la barra.

–Te espero aquí.

En lo único que debía pensar era en llegar a Dallas y empezar el resto de su vida. Y no había sitio para Kris en ella. Él era de

Hollywood, ella de un sitio en medio de ninguna parte.

Después de unos segundos intentando descifrar cómo funcionaba el móvil, consiguió marcar el número de Pamela Sue.

–Soy yo.

–V. J., gracias a Dios. Tu padre ha estado aquí dos veces. Dice que te has ido de casa.

Ella sintió que le ardía la cara.

–Estoy bien, voy de camino a Dallas.

–¿Dallas? ¿Y cómo...?

–Estoy con Kris.

–¿Kristian Demetrious? ¿Ese Kris?

–Sí, ese Kris.

–¿Pero estás con Kris o estás con Kris? Espera, deja que me siente.

–Me lleva a Dallas en su coche, nada más. Kris está siempre rodeado de mujeres guapas y no tiene tiempo para camareras de pueblecitos perdidos.

–Oye, que tú fuiste Miss Little Crooked Creek un par de veces. Eres tan guapa como cualquier actriz de cine.

V. J. sonrió ante la lealtad de su amiga. Pamela Sue no había visto su cara y, por lo tanto, no sabía que parecía un mapache en ese momento.

–Te quiero, aunque estés mintiendo.

–Pues yo te odio. ¿Cómo te atreves a marcharte con el chico sexy en un Ferrari? Nunca te lo perdonaré, a menos que tengas una ardiente aventura con él y me cuentes todos los detalles.

–Trato hecho –dijo V. J.–. Pero no se lo cuentes a nadie, ¿de acuerdo? Es un secreto. Ya sabes, por los reporteros y todo eso.

Estaba segura de que su padre no iría a buscarla hasta Dallas, pero era mejor tomar precauciones.

–Sí, claro, los reporteros me persiguen a todas horas –bromeó Pamela Sue–. ¿Qué ha pasado?

–No ha pasado nada. Era mi hora. Me encontré con Kris esta mañana y se ofreció a llevarme a Dallas. ¿Cómo iba a decirle que no? Dallas está muy lejos y, además, era una oportunidad para ayudarlo a olvidarse de todas esas mujeres guapas de Hollywood.

Pamela Sue rio y una lágrima le rodó por la mejilla a V. J.

Nunca se habían mentido la una a la otra, pero no quería que nadie la viese como una víctima... bueno, solo Kris, pero porque no había podido evitarlo.

Se preguntaba si sus hermanos harían algo o si se pondrían del lado de su padre.

–¿Vas a quedarte en casa de la prima de Jenny Porter? –le preguntó Pamela Sue.

–Sí, claro.

A Beverly no le importaría que durmiese en el sofá de su apartamento hasta que la casa estuviera terminada. O eso se decía a sí misma.

–Llámame cuando llegues a Dallas. Y ten cuidado.

–Sí, señora. No hablaré con extraños.

–Me refiero a que uses preservativo.

V. J. soltó una risita.

–Adiós, Pamela Sue.

Cuando volvió al restaurante, Kris estaba mirando la pared con los labios fruncidos.

–¿Ya estás lista?

Había algo raro en su expresión.

–¿Qué ocurre?

–Nada, estoy listo para volver a la carretera –su expresión seria le recordó al inaccesible Kristian Demetrious que se había enfrentado con sus hermanos. Pero en aquella ocasión el enfado iba dirigido a ella y no entendía por qué.

–Si quieres hablar, estoy dispuesta a escuchar –le dijo cuando estaban de nuevo en el coche.

–He dicho que no me pasa nada.

–No, has dicho que estabas dispuesto a volver a la carretera, pero pareces enfadado.

La expresión de Kris se relajó.

–Tengo muchas cosas en la cabeza.

–Sí, claro –asintió ella–. Ser responsable de toda una película debe ser una carga muy pesada.

–Sí, lo es. Aunque la mayoría de la gente no lo ve así.

–¿Por qué?

Sentados en el coche, con el aire acondicionado encendido, los rizos de color canela se movían alrededor de su cara.

–Por ahora, es un lienzo en blanco, pero tengo una historia en mi cabeza con millones de planos para capturarla. Hasta que está montada del todo puedo convertirla en lo que quiera. Es emocionante comprometer mi visión de una manera o de otra, pero hay muchos nervios porque va a ser interpretada desde el punto de vista de otras personas.

–¿Y cuál es el primer paso para empezar una película? Espera... –V. J. alargó una mano para quitarle las gafas de sol–. Ya puedes hablar. Tus ojos hacen una cosa cuando te apasionas por algo y

quiero verlo.

V. J. podría haber jurado que no se había movido, pero de repente estaban muy cerca el uno del otro. A punto de besarse.

–¿Qué les pasa a mis ojos cuando hablo de una película?

–Pues... –V. J. no sabía qué decir. Le gustaría acercarse más, olvidarse del espacio y del tiempo y sentir la presión de sus labios.

Pero el claxon de un coche hizo que se apartaran de golpe.

–Se encienden. Es como si tuvieras la pasión embotellada y escapara poco a poco a través de tus ojos.

–Tienes mucha imaginación –dijo por fin–. Yo veo el cine como una forma de arte, pero es importante mantener la distancia. Dejarse llevar por las emociones puede ensuciar una película.

–A mí no me engañas, Lord Ravenwood.

–¿Cómo?

–Lord Ravenwood –repitió ella–. Es el duque de *El abrazo del bribón*, la mejor novela romántica que se haya escrito nunca. Él también esconde sus emociones.

–No me digas –murmuró Kris, sarcástico–. ¿Eso es lo que crees que hago?

–Estoy segura. Dices no creer en cuentos de hadas, pero ahora veo que no es verdad.

–Como veo que me conoces tan bien, ¿cuál es mi problema?

Aquel hombre asombroso y sensual parecía contentarse con un compromiso frío estilo Hollywood con alguien de quien no estaba enamorado, todo para conseguir un inversor para su película.

Tenía que saber que estaba a punto de cometer un grave error.

Necesitaba que ella lo liberase de su prisión. Si su relación con Kyla fuese verdadera se echaría atrás, pero él mismo le había dicho que no era así.

Deliberadamente, estaba convencida.

–Quieres creer desesperadamente, pero te da miedo.

Un diablillo en su hombro le susurraba al oído: «Es hora del paso número tres».

Capítulo Cuatro

Perfecto. En lugar de evitar las locas ideas de V. J., había hecho que lo analizase. Incorrectamente.

Kris rio, pero la risa sonaba hueca.

–No me da miedo la ficción, por eso hago cine, para crear mundos paralelos. Pero la ficción no es la realidad. La vida real es dura, te dan golpes y cada vez es más difícil levantarse.

Al verle el hematoma en la cara hizo una mueca. Ella conocía las realidades de la vida y no necesitaba que nadie se las contase.

V. J. era una mujer decidida a luchar para encontrar su destino en lugar de esperar que el destino la encontrase a ella, y eso era algo que admiraba.

V. J. era una fuerza de la naturaleza.

–¿Crees que llegaremos a Dallas a la hora de la cena?

–¿Por qué? ¿Has quedado con alguien?

V. J. inspeccionaba el terreno rocoso por la ventanilla.

–¿Me estás pidiendo una cita?

–No –se apresuró a responder él–. Pero tal vez podríamos cenar juntos.

La verdad era que le gustaba su compañíía. V. J. veía cosas que nadie más veía. Era una situación peligrosa, pero muy atractiva. En realidad, era un milagro que no la hubiese tocado, y aún les quedaba un camino muy largo por delante.

–Conduce más despacio y tendremos que cenar juntos a la fuerza –bromeó ella–. Tal vez incluso desayunar.

Kris imaginó un acogedor hotel de carretera donde tendría lugar una convención. Todas las habitaciones estarían ocupadas y solo quedaría una con una cama de matrimonio. Y entonces...

En fin, lo habían acusado de muchas cosas, pero nunca de falta de imaginación. Falta de interés, sí. Falta de compromiso, también. Falta de emoción, siempre.

Antes de registrar el impulso de hacerlo, había levantado el pie del acelerador.

–No tengo tanta prisa.

–A este paso, pronto iremos marcha atrás –bromeó ella–. Tengo una idea mejor: toma la siguiente salida de la autopista –le dijo, señalando el cartel de un pueblo llamado Lively.

Kris tomó la salida. Al final de la calle principal, V. J. señaló a la izquierda y, unos segundos después, Kris se encontró en medio de una feria ambulante que ocupaba el aparcamiento de una tienda de alimentación. Había un carrusel, coches de choque, una noria, casetas de colores...

Una feria ambulante.

–Será divertido, te lo prometo –V. J. sonreía, traviesa–. Y es el sitio ideal para que aprendas el tercer paso.

–¿Instrucciones amorosas en una feria ambulante? –bromeó Kris mientras salía del coche.

Había estado rezando para que se olvidase de los pasos porque sospechaba adónde iba aquello.

–Eso es –afirmó ella, mientras Kris le tomaba la mano para ayudarla a salir del Ferrari.

Parecía convencida de lo que decía, dispuesta a contarle qué era el romance. ¿O era el amor? Con V. J. las dos cosas parecían ser lo mismo.

–¿Te apetece subir a alguna atracción?

–La montaña rusa.

No dijo nada más y eso lo sorprendió. ¿Cuál era el paso número tres?

Mientras esperaba que se lo dijera, sus sentidos estaban pendientes de cada detalle: cómo le quedaban los vaqueros, el punto en el que el escote de la camiseta le dejaba al descubierto la garganta, el color canela de sus rizos. Le gustaría tocar uno para comprobar si era tan suave como parecía.

Kris cerró las manos para no hacerlo. Estaba obsesionado hasta con su forma de caminar. ¿Qué le pasaba?

En la cola de las atracción chocaron sin querer y la colisión del torso con la espalda de ella le despertó un escalofrío. El aroma a coco de su pelo le fue directamente a la entrepierna...

Una tortura. Ese debía ser el paso número tres. No había otra explicación.

El operario tomó los dos boletos y levantó la barra para dejarlos subir a uno de los coches, pegados el uno al otro. Luego bajó la barra y, como eran los únicos, pulsó el botón que ponía en marcha la atracción.

–Pásame el brazo por el hombro –dijo V. J.–. En serio, es por la fuerza centrífuga.

Kris le pasó un brazo por los hombros y V. J. apoyó la cabeza en su pecho.

La maquinaria empezó a moverse y, mientras ganaba velocidad,

V. J. se apretó contra él hasta que Kris no hubiera podido apartarla aunque la empujase con las dos manos. Y no pensaba hacerlo.

Los vaqueros empezaban a ser incómodamente estrechos, pero aún le llegaba algo de sangre al cerebro.

Por fin, la atracción aminoró la velocidad, el operario levantó la barra. V. J. lo llevó a un par de atracciones más y él aceptó, encantado, buscando maneras de tocarla inocentemente: tomarle la mano, pasarle un brazo por los hombros, apartarle un rizo de la cara, meter la mano en el cubo de palomitas al mismo tiempo.

–¿Dónde vamos ahora?

–A la noria –respondió V. J.

El cesto de la noria se movió de un lado a otro mientras se sentaban. O tal vez la cabeza le daba vueltas por culpa de esas imágenes en las que desnudaba a V. J., revelando poco a poco esos pechos perfectos...

Cuando la barra estuvo asegurada, ella se volvió para mirarlo. Sus ojos eran del color del cielo y pensó que sería un plano perfecto.

–Bueno, el paso número tres es tocarse –V. J. le pasó los dedos por el brazo; un roce mucho más sexy que si le hubiera tocado directamente la bragueta.

La noria empezó a moverse y Kris no podía apartar los ojos de los suyos.

–Tocarse –repitió V. J., en voz baja–. Al principio por casualidad, luego deliberadamente. Una vez que la hayas tocado es como una adicción, no puedes parar.

Kris cerró los ojos hasta que pudo controlar la punzada de deseo.

–Ese es el paso número tres. ¿Cómo lo estoy haciendo?

–No está mal. No esperaba una demostración.

–Solo estoy pasándolo bien. ¿Tú no?

–Sí, muy bien. No lo había pasado tan bien en mucho tiempo.

En realidad, era una diversión perversa porque no iba a pasar nada con V. J. Nada que él no pudiese controlar.

Se detuvieron en lo mas alto y la vista era maravillosa: la montañas, el vasto azul del cielo... y V. J.

Sin pensar, Kris dijo:

–Este es un buen sitio para una proposición.

–¿Te estás riendo de mí?

–No, en absoluto.

Desde la conversación, había estado dándole vueltas a la proposición perfecta. Había dirigido una en su tercera película y la escena había quedado plana. Un error de interpretación, había querido pensar.

–No, en serio. Ningún hombre piensa más de cinco minutos en cómo va a proponer matrimonio. Ella va a decir que sí o que no lo hagas como lo hagas, ¿no?

–¿Practicas lo de ser cínico o te sale de manera natural?

–Las dos cosas –Kris la empujó con el codo–. Y tú sabes que tengo razón. Si de verdad estás enamorada de un hombre y él clava una rodilla en el suelo en el salón de tu casa, ¿te negarías porque no te lo ha pedido con gran fanfarria?

–No lo sé, la verdad es que nunca he estado enamorada de verdad.

Dios, era tan hermosa.

–Espera un momento. ¿Nunca has estado enamorada, pero quieres enseñarme lo que es el amor?

–Ah, vaya, eres un maestro cambiando de tema. No estoy diciendo que vaya a enseñarte nada, te lo estoy enseñando –V. J. señaló su mano, que reposaba en su rodilla–. ¿Tu última película no se llamaba *Asesinato al amanecer*?

–¿Y?

–¿Cuántos asesinatos has cometido?

Kris sonrió.

–Eres asombrosa. ¿Quieres ser la madre de mis hijos?

–¿Vas a tomarte esto en serio o estoy perdiendo el tiempo?

–No lo sé. ¿Qué estás intentando conseguir? ¿Cuál es el verdadero objetivo?

V. J. inspeccionó la pintura pelada de la barra de seguridad.

–Demostrar que suprimes tu lado apasionado.

–Entonces vas a fracasar miserablemente. Me has convertido en ese duque tuyo como se llame, pero solo soy Kris, un tipo que hace películas.

No debería sentir el deseo de decir que tenía razón, o que su alma terminaba en la pantalla porque era el único sitio en el que podía expresarse sin miedo a convertirse en un monstruo como su padre.

–Lo que ves es lo que hay, no estoy escondiendo nada.

–Tienes tanta pasión almacenada que apenas puedes estarte quieto.

–Es por la gravedad –Kris cruzó los brazos sobre el pecho.

–Yo no estoy de acuerdo.

Demonios, cómo le provocaba. ¿Qué iba a hacer con ella?

La película era demasiado importante y no podía hacer que peligrase por un espejismo, por concreto y carnal que pareciese.

V. J. cerró los ojos y luego los abrió lenta, sensualmente,

estudiándolo.

–Tengo la camiseta empapada –murmuró, levantándola con una mano y abanicándose con la otra. El estómago desnudo atrajo la mirada de Kris como un imán. ¿Se daba cuenta de lo que le estaba haciendo?

–Parece que llevamos una hora aquí –dijo con voz ronca–. No sé por qué no se mueve.

–He pagado al operario para que se tomase un descanso cuando estuviéramos arriba –le confesó V. J.–. No te has dado cuenta, pero seguro que tarda un rato en bajarnos. Así que aquí estamos, tú y yo, sin nadie alrededor.

–¿Por qué has hecho eso?

–Por la vista –respondió ella, con una sonrisa en los labios.

–Pero si no estás mirándola.

–Sí estoy mirándola, Kristian.

Ese nombre sonaba como melaza en sus labios. Salvo los medios de comunicación, nadie lo llamaba Kristian. Y nadie volvería a hacerlo de esa manera. Por eso anhelaba enterrarse en ella y no volver a salir más que para buscar oxígeno.

Con un dedo, V. J. le apartó un mechón de pelo de la frente y el roce hizo que Kris apretase los dientes. Y cuando dejó escapar un suspiro, le tocó el alma. Tenía que ser el suspiro más sexy que había escuchado nunca.

–Quiero que me beses. ¿No sabes cuánto lo deseo?

Al menos tanto como él. Kris intentó pensar en algo que no fuera sexy, pero resultaba imposible.

–Me parece que sí.

V. J. le puso una mano en el pecho y empezó a trazar la línea de su clavícula... lo estaba volviendo loco. Le gustaría meter la mano bajo su camiseta y tocar su piel desnuda...

–Nos morimos por besarnos –siguió V. J.–. Pero no puedes. No podemos.

¿Quién había dicho que no?

Él negó con la cabeza. Era cierto, no podían.

Pero luego ella levantó la cara, ofreciéndole sus labios.

–Kristian...

El aliento femenino le rozaba la mandíbula, bajando por su garganta, extendiéndose por todo su cuerpo, calentando zonas que estaban heladas. El espacio entre ellos desapareció de repente y Kris perdió el control. Enredó los dedos en su pelo, sujetándole la cabeza para besarla apasionadamente, con la boca abierta, buscando su lengua, liberando la frustración que sentía.

Al fin.

La sentó en sus rodillas y metió una mano bajo la camiseta para acariciar sus erectos pezones. Perfectos.

Quería más y cambió el ángulo del beso y buscó su la lengua, chupando, tirando de ella.

Pero necesitaba más.

Guio la mano de V. J. hacia su entrepierna y aplastó la palma contra el bulto bajo sus pantalones, a punto de explotar allí mismo.

Pero, de repente, la noria empezó a moverse y los dos se apartaron, sorprendidos. Kris tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no volver a abrazarla.

–Menos mal que eres... reservado –dijo V. J., sin traza de ironía–. Has sido tan recatado que podría invitarte a las reuniones del club baptista.

Él soltó una carcajada.

–Muy bien, cuando tú quieras.

Era turbador cómo conseguía hacer que perdiese el control y cuánto le gustaba dejarse llevar.

–Besar es el cuarto paso, por cierto.

Era un pecado y una vergüenza que le gustase tanto porque solo un canalla podía estar a punto de comprometerse con Kyla mientras lo pasaba bien con V. J.

Además, V. J. era de las que soñaban con casarse y él lo sabía. Su cerebro funcionaba de nuevo y debía admitir que había cruzado la línea. Tenía que parar. Por mucho que deseara probar los placeres que V. J. prometía, tenía que controlarse. Pero seguía tan excitado que apenas podía caminar.

Mientras él se tomaba un momento para ir al servicio, V. J. se dejó caer en un banco, mirando la noria y tocándose los labios, un poco hinchados después del beso.

Besarlo había sido una experiencia totalmente nueva para ella.

Un hombre que podía besar así, y que seguramente tendría otros talentos, debía utilizar a las mujeres a conveniencia. Ingenuamente, había pensado que su comprensión de los personajes masculinos en los libros podía trasladarse a los hombres en la vida real, pero no era verdad.

Kris no estaba a su alcance.

Él apareció entonces. Era tan apuesto...

Había muchas posibilidades de que la química entre ellos desapareciera después de su experimento con el paso cuatro. Y sabiendo cómo eran sus besos, solo con verlo caminar tenía que tragar saliva.

Estaba metida en un buen lío. La gente en Hollywood no se tomaba en serio las relaciones... el propio Kris lo había admitido. Y ella prácticamente estaba invitándolo a un revolcón.

¿Era eso lo que quería?

–¿Nos vamos? –le preguntó, con una sonrisa forzada.

Kris se detuvo frente a ella, con los brazos cruzados sobre el pecho.

–¿No te ha afectado el beso o solo lo has hecho para demostrar que estoy equivocado?

V. J. se quedó boquiabierta.

–No estoy acostumbrada a que un hombre me haga perder la cabeza, así que me tomo la pregunta como un cumplido.

–¿Eso es un sí?

–¿Importa?

–Sí –Kris frunció el ceño–. Bueno, no. La verdad es que no. Los dos sabemos dónde estamos, ¿no?

–Sí, claro. He demostrado que escondes tu pasión, como Lord Ravenwood, así que he ganado yo.

Kris sonrió y a V. J. se le encogió el corazón. Pero no debería. Aquello había sido culpa suya por lanzarse al agua sin flotador, pero provocar a Kris era una tentación imposible de resistir. No había un hombre en el mundo que se negara más a sí mismo.

–¿Eso significa que vamos a dar el paso número cinco?

–Si quieres... –dijo V. J., con aparente despreocupación. Aunque el juego de la instrucción en el romance era menos divertido cuando no estaban abrazados–. Pero como he demostrado que tengo razón, ya no hay que seguir adelante.

–¿Por qué no?

De modo que quería jugar mientras ella no esperase nada, claro. ¿Sería una locura?

Sí, era una locura. Pero sabía que estaba intentando decirle algo sin decírselo cuando le contó que el compromiso era falso.

El corazón de Kris estaba enterrado bajo capas del cinismo de Hollywood.

¿Y si ella fuera capaz de apartar todas esas capas?

Cuánto le gustaría, pensó, recordando el sabor del beso. Si había alguna esperanza de ir más allá de un simple flirteo, alguna esperanza de hacerlo renunciar a ese extraño compromiso y de tener toda esa pasión para ella sola, el paso número cinco era la clave.

–Entonces, será mejor que empecemos cuanto antes. El paso número cinco es complicado –respondió, tomando la mano que le

ofrecía.

Capítulo Cinco

El interior del Ferrari era un horno y V. J. suspiró, abanicándose.

–Por favor, enciende el aire acondicionado ahora mismo.

Kris pulsó el botón. El sol no era lo único que le provocaba calor.

–¿Música? –preguntó.

–Sí, pero no pongas eso tan sexy, pon otra cosa –respondió V. J., que no hubiera podido soportar las guitarras españolas en ese momento.

En el aquel exótico coche, rodeada de los lujos y privilegios a los que alguien como Kris estaría acostumbrado, la resolución empezaba a flaquearle.

Él puso una canción alegre, pero bajó el volumen.

–Bueno, háblame del paso número cinco.

–Se trata de la emoción.

–Yo esperaba que fuera el sexo.

Claro, no le sorprendía, después de haberse lanzado sobre él en la noria.

Esa palabra despertaba imágenes de lo que podría haber pasado si la noria no hubiese empezado a moverse en el peor momento.

O en el mejor momento.

–Porque piensas como un hombre.

–Sí, estoy atado al equipamiento que me ha dado la naturaleza.

–Para eso estoy yo aquí, para ayudarte a pensar con algo que no sea tu equipamiento.

Kris esbozó una sonrisa.

Había algo maravilloso en hacer sonreír a alguien como él.

–Bueno, entonces, hablemos de la emoción.

Esa palabra no lo había asustado como debería, pero Kris no era como la mayoría de los hombres. Aunque tenía el equipamiento necesario, ella lo sabía bien.

–El paso número cinco –murmuró, mirando por la ventanilla–: Descubrir sus necesidades emocionales y hacerlas realidad.

–¿Solo las de ella? ¿Los hombres no tienen necesidades emocionales?

–Eres tú el del equipamiento, dímelo.

–Sí, claro. Tenemos la necesidad emocional de conseguir la mayor cantidad de sexo posible y con la mayor cantidad de mujeres antes de morir. La supervivencia de la especie, ya sabes.

–Sí, claro –V. J. puso los ojos en blanco–. Los hombres sois muy facilones.

–Puede que seamos facilones, pero no estamos hablando de eso, ¿verdad? Estamos hablando de romance. Me encantaría saber cuál es el secreto de una mujer para enamorar a un hombre.

A ella también. Especialmente al que estaba sentado a su lado.

–No, de eso nada. Las mujeres me tirarían tomates si te lo contase.

–Ah, muy bien. Entonces dime qué debo hacer para entender sus necesidades emocionales.

–Ese era el paso de prestar atención, ya deberías saberlo.

Él se quedó callado un momento, como procesando la información.

–Entonces ya he descubierto sus necesidades emocionales, ¿no? ¿Y qué consigo a cambio?

–No tienes remedio. Pensé que habíamos hecho progresos.

–¿Y no los hemos hecho?

–El paso número cinco significa que piensas en otra persona en lugar de en ti mismo, esa es la definición del amor: sacrificar lo que tienes para hacer feliz a otra persona.

–Y, según tú, el romance y el amor son lo mismo.

–¿No lo son?

De inmediato, la expresión de Kris se volvió helada.

–En absoluto. El amor es esquivo y poco duradero. El romance es un toma y daca. Hacer algo para conseguir algo.

–Ah, ya veo, entonces es una tarea necesaria para llevarte a la cama a una mujer.

–No, no quería decir eso. El romance consiste en conquistar y conquistar es un verbo.

–Amar también es un verbo. Bueno, también puedes decir: «Te he conquistado», pero sonaría muy raro.

V. J. soltó una carcajada y Kris la fulminó con la mirada.

–¿De qué te ríes?

–Lo siento, es que te estoy imaginando con una rodilla clavada en el suelo y diciendo: «Te he conquistado».

V. J. reía, pero tuvo que secarse una lágrima que le rodaba por el rostro. Qué bobada llorar porque un hombre tan apasionado y expresivo hubiera sufrido demasiado como para creer en el amor. Y ella había querido curar todo eso en un par de horas. Qué tonta.

–Me alegro de hacerte tanta gracia..

–No, lo siento, es que no he dormido bien… debe ser eso.

Kris le tomó la mano de manera informal, como si fueran una pareja.

–Entonces, duerme. Ya discutiremos más tarde.

–Muy bien, la verdad es que estoy agotada.

V. J. apoyó el brazo en la portezuela del coche y cuando cerró los ojos juró pensar solo en el trabajo que buscaría en Dallas, pero el beso en la noria ocupaba todos sus pensamientos. No podía dejar de recordarlo… o de imaginar a Kris haciéndole el amor hasta el amanecer.

V. J. despertó dando un respingo.

–¿Qué hora es?

Kris miró el reloj del salpicadero.

–Casi las dos. ¿Estás lista para almorzar?

–Sí, me gustaría salir del coche un rato.

Y prolongar lo inevitable. Dallas se acercaba cada vez más, ella había ido durmiendo varias horas y en poco tiempo tendrían que decirse adiós. Nada había cambiado y nada cambiaría.

Tomaron una hamburguesa mientras charlaban. Kris le contó historias fascinantes de su infancia en Grecia y ella lo entretuvo con anécdotas de la política local en Little Crooked Creek.

¿Cómo era posible que Kris fuese un hombre tan normal y no un tipo arrogante e insoportable como los ricos que salían en televisión? Había crecido como un millonario, pero después de la ruptura con su padre le había dado la espalda a la fortuna familiar y se había ido de Grecia para perseguir su sueño de ser director de cine.

Era lógico que fuese un hombre con muchos secretos.

Ella había inventado esa tontería de salvarlo del falso compromiso con Kyla Monroe… pero en realidad estaban hechos el uno para el otro. Aunque no estuvieran enamorados, en algún momento encontrarían intereses comunes. Una mujer como Kyla no tendría que flirtear o recurrir a tontos juegos para conseguir la atención de Kris.

Se había convencido a sí misma de que Kyla solo estaba interesada en el compromiso por la película y no se le había ocurrido pensar que podría estar enamorada de Kris.

Era hora de dejar de fantasear y ponerse a pensar en el resto de su vida.

–Necesito que me prestes el teléfono otra vez. Siento mucho tener que pedírtelo, pero...

–No tiene importancia –la interrumpió él, señalando el Ferrari.

–Eres la única persona que nunca lleva el móvil a mano.

V. J. subió al Ferrari y llamó a Beverly Porter, su única esperanza.

–Beverly, soy V. J. Lewis.

–Ah, hola. No irás a cancelar nuestro acuerdo, ¿verdad? La casa está casi terminada.

–No, al contrario. Voy de camino a Dallas y esperaba que no te importase tenerme como compañera de piso un poco antes de lo previsto.

Le daba un poco de vergüenza tener que pedir ese favor a una chica a la que había visto por última vez el fin de semana del Cuatro de Julio pero no tenía más remedio.

–Ah, vaya –Beverly hizo una pausa–. ¿Estás de camino ahora mismo?

–Llegaré esta noche, sí.

–Lo siento mucho, V. J., yo estoy en St. Louis con mis abuelos. He tenido que dejar mi apartamento porque querían que firmase otro contrato de un año y la casa no estará lista hasta dentro de tres semanas por lo menos. Mis abuelos tienen una habitación libre y mi jefe me deja trabajar por Internet. No te esperaba tan pronto.

–No pasa nada, lo entiendo.

Tenía que haber habitaciones baratas en Dallas...

–¿Tienes algún otro sitio en el que alojarte? –le preguntó Beverly, preocupada–. Conozco a un par de personas a las que no les importaría dejarte una habitación.

Depender de la bondad de unos extraños era incluso más patético.

–No, pero gracias de todas formas. Encontraré algún sitio, no te preocupes. Te llamaré en cuanto tenga un número de teléfono.

Cuando cortó la comunicación se dio cuenta de que no tenía dónde alojarse. ¿Dónde iba a dormir, en la calle?

V. J. permaneció callada tanto tiempo que Kris estuvo a punto de tomarle la temperatura.

Su silencio lo frustraba. Reconocía que lo más inteligente era dar un paso atrás, pero no era capaz de hacerlo.

Durante la discusión sobre el paso número cinco, le había costado trabajo mantener la atención en la carretera y no mirar su

boca. No era solo las cosas que decía, sino cómo formaba cada palabra, el movimiento de sus labios y que no dudase nunca en decir lo que estaba pensando.

Dos veces había tenido que controlarse para no parar en el arcén y besarla hasta dejarla sin aliento.

–¿Sabes una cosa? –preguntó ella al fin.

–¿Qué?

–Cumpliré veinticinco años en unos días y nunca he estado fuera de Texas.

Para entonces se habrían despedido, pensó Kris, frunciendo el ceño ante el repentino deseo de quedarse con ella hasta su cumpleaños y hacerle algún regalo o invitarla a cenar.

–¿Quieres ir a algún sitio en particular o solo cruzar la línea del estado?

–No lo sé. No he tenido la suerte de poder pensar en algo más que en ahorrar todo el dinero posible. Mi madre estuvo enferma mucho tiempo y todo lo que había planeado... –V. J. no terminó la frase y Kris tragó saliva ante la tristeza de su tono.

–¿Adónde irías si el dinero no fuese un problema?

–A Grecia –respondió ella–. A ver los barcos meciéndose en las aguas cristalinas y los pescadores lanzando las redes. Lo que me has contado durante el almuerzo.

–Grecia no es tan especial, yo estaba deseando marcharme –respondió él. Se había ido a los dieciséis años y no había vuelto a mirar atrás.

Había vivido en Estados Unidos el mismo tiempo que en Grecia. Cada sitio tenía una parte de su vida y cada sitio lo había formado de manera diferente.

–Te he oído hablar de Grecia, así que no puedes decir que no la echas de menos.

–No sé por qué dices eso. Te aseguro que mis ojos no son el espejo de mi alma.

–¿Entonces dónde está el espejo de tu alma?

–En mis películas –respondió él. Y lo lamentó enseguida.

Iba a cambiar de tema, pero de repente no quería hacerlo. Pronto llegarían a Dallas y tendrían que despedirse. Aquel viaje era como estar en otro mundo donde la vida real no podía molestar. La presencia de V. J. le despertaba emociones nuevas. ¿Por qué luchar contra eso?

–Nadie más lo sabe, por cierto.

–¿Porque solo sales con gente ciega, sorda y muda?

Kris rio.

¿Cómo lo hacía? Conseguía hacerlo reír, sacarlo de su ensimismamiento.

–Sí, imagino que sí. O tal vez porque no suelo hablar con el corazón en la mano de por qué me gusta tanto ser director de cine.

–Entonces, será nuestro secreto –V. J. sonrió y esa sonrisa se le clavó en el corazón–. Cuéntame otro.

–Hay algo que no encaja del todo en el guion de *Visiones en negro* y eso me molesta.

–¿De qué va la película?

–Es un drama sobre una mujer que despierta en el hospital ciega y con amnesia, pero puede ver visiones y escenas que no entiende en su cabeza –Kris la miró–. Hay una teoría según la cual una imagen se queda en el ojo cuando ya ha desaparecido. Así es como algunos científicos creen que la gente procesa los planos individuales de una película... te estoy aburriendo, ¿verdad?

–No, en absoluto. Me gusta oírte hablar y me gusta tu voz.

–La publicidad para *Visiones en negro* es realmente importante. Mi carrera está en juego. Llevo años intentando encontrar la combinación justa de arte y éxito comercial sin mucha suerte, porque en Hollywood solo importa el dinero de la taquilla. Un presupuesto mayor y los nombres adecuados es lo único que aún no he intentado. Tengo que hacerlo y Kyla es parte de ello. Esta película es muy importante para mí, mi única salida.

–Ah, ya veo.

–¿No vas a bromear sobre lo que estoy reprimiendo? ¿No vas a ofrecerme una salida? Te lo he puesto en bandeja.

V. J. se encogió de hombros.

–Tenía una respuesta en la punta de la lengua, pero creo que debería disculparme. Siento mucho haberme pasado... no es asunto mío. Entiendo que tu compromiso es importante para tu carrera, así que te dejaré en paz.

Era como si hubiese levantado una barrera.

–No tienes que disculparte por tener una opinión. En realidad, estaba esperando que siguiéramos con el paso número cinco.

V. J. suspiró.

–No tiene sentido. Ni siquiera crees en el amor.

–Lo que la gente cree que es amor desaparece con el paso del tiempo, aunque no todo el mundo lo reconozca. El amor es mejor dejarlo para la pantalla, donde puede durar. ¿Por qué no casarse si has llegado a un acuerdo conveniente para las dos personas? Al menos así sabes lo que tienes.

Hasta la idea del matrimonio le producía náuseas. La pasión

moría y cuando así era, todo se convertía en un desastre. Él no iba a permitir que eso le ocurriera y tampoco quería hacerle daño a nadie.

La pasión no duraba, el amor no duraba. Su carrera consistía en capturar ambas cosas para la pantalla.

–Me estás retando a demostrar que el amor puede ser eterno –dijo V. J.–. Y eso es imposible porque no he vivido para siempre. Si quieres esos datos, búscate un vampiro.

–Hasta que lo encuentre, tú eres la única experta que conozco. ¿Por qué te gusta tanto la idea? ¿No habrás leído demasiadas novelas románticas?

Ella se irguió, molesta.

–Porque me gusta.

–¿Pero por qué? Yo estoy siendo brutalmente sincero, ahora es tu turno.

V. J. se hundió en el asiento.

–Se lo prometí a mi madre en su lecho de muerte.

Después de decirlo enterró la cara en el escote de la camiseta. Estaba llorando.

Sin vacilar, giró el volante hacia el arcén y detuvo el Ferrari para acariciarle la espalda hasta que V. J. levantó la cabeza.

–¿Estás mejor?

–Normalmente no lloro nunca.

–Y normalmente yo no soy tan idiota.

V. J. sonrió, secándose una lágrima con el canto de la mano.

–Durante dos años me senté en la cama de mi madre para leerle sus novelas favoritas –empezó a decir–. Siempre novelas románticas, porque le gustaba saber que todo iba a terminar bien. Mi madre había tenido una vida muy dura y me hizo prometer que encontraría la felicidad fuera de Little Crooked Creek porque ella sabía lo que me esperaría si me quedaba.

El hematoma en la mejilla lo decía todo, pensó Kris.

–Te entiendo.

–Tengo que creer –siguió ella–. Esas historias no son solo cosa de la imaginación de un escritor. La magia entre un hombre y una mujer está ahí, solo tengo que encontrarla.

–¿Magia?

–Sí, ya sabes. La mezcla perfecta de amor, pasión y amistad.

Un truco de magia era la única manera de encontrar eso en otra persona.

Kris apartó la mano porque no quería aplastar sus ilusiones. El cuento de hadas que buscaba no era un sueño adolescente sino una

promesa que estaba dispuesta a cumplir y V. J. merecía un hombre que creyese en la posibilidad de un final feliz.

Más razón para alejarse emocional y físicamente. Por suerte, pronto se despedirían.

–Espero que lo encuentres –le dijo sinceramente. Quería imaginarla feliz y satisfecha con su vida.

–Yo también –murmuró V. J.–. Aunque antes necesito encontrar un sitio en el que dormir.

–¿No tienes dónde dormir?

–La casa en la que iba a vivir no estará terminada hasta dentro de tres semanas y la chica con la que pensaba alojarme se ha ido a St. Louis... así que estoy en la calle. Un plan genial escapar de Little Crooked Creek sin un sitio adonde ir y sin dinero.

–¿No tienes dinero? –exclamó Kris.

–Saldré adelante, no te preocupes –dijo ella.

–Me dijiste que llevabas tiempo ahorrando. ¿Qué ha sido de tu dinero?

–Aún nos queda mucho camino por delante. Arranca de una vez.

–No, de eso nada. Respóndeme.

–No te preocupes. Ya encontraré una solución.

–¿En una ciudad extraña y sin trabajo? Te falta un tornillo si crees que voy a dejarte sola. Guárdate el secreto sobre el dinero o no lo hagas, me da igual, pero te alojarás conmigo hasta que encuentres un sitio en el que vivir. Punto y final.

Después de decir eso, subió el volumen de la música y arrancó a toda velocidad para que no pudiera discutir. Y para no escuchar a su subconsciente riéndose de su patético esfuerzo por parecer noble cuando se había agarrado a esa excusa para no tener que despedirse de ella.

–No voy a compartir habitación contigo –replicó V. J., gritando para hacerse oír por encima de la música.

Un sencillo cartel de madera de ébano marcaba la entrada del hotel Dragonfly. Nada que ver con los letreros de neón de los hoteles de carretera que V. J. había visto en su vida. Dallas era otra cosa.

Kris detuvo el Ferrari en la entrada y el aparcacoches se hizo cargo de la llave.

–¿Te has alojado aquí más veces? –le preguntó V. J.

–Sí, muchas. El festival de cine de Dallas es donde gané mi primer premio y los estudios Mustang Park son una meca para los

que hacemos cine independiente –Kris la ayudó a salir del coche y fueron juntos a recepción–. Voy a usar el estudio para mi nueva película, aunque ahora tengo un presupuesto mayor. Kyla y yo tenemos que vernos allí el martes.

Ese jarro de agua fría la despertó por fin. Sabía que iba a Dallas para encontrarse con Kyla, pero siempre le había parecido que sería más tarde.

–¿Kyla también se aloja en el hotel?

Pues claro que se alojaría allí, seguramente en la suite de Kris. Que no estuvieran casados no significaba que no se acostasen juntos... claro que en ese caso no le habría ofrecido la otra habitación.

–Kyla tiene casa en Dallas.

V. J. dejó escapar el aliento que había estado conteniendo sin darse cuenta. Kris y Kyla no tenían una relación, apostaría lo que fuera. Además, él no tenía intención de humillarla y se avergonzaba de sí misma por haberlo pensado.

Quería rescatarla otra vez, pero sin esperar nada a cambio. Era un hombre decente, con unos labios que podrían hacer perder la cabeza a cualquier chica. Un hombre del que no tenía que despedirse durante unas horas más.

Daba igual. El rescate de V. J. Lewis no era el título de una novela romántica, y la habitación no significaba más que un sitio en el que dormir, algo que Kris le ofrecía por generosidad y por simpatía.

La empleada de recepción le sonrió, inclinándose un poco para mostrar escote, sin mirar a V. J. una sola vez. Y ella estaba demasiado ocupada intentando ocultar el hematoma de la mejilla como para que le importase, pero Kris dejó una tarjeta de crédito en el mostrador y sonrió a la fresca.

–¿Cuántas tarjetas necesita, señor Demetrious?

–Dos –respondió él–. La señorita Lewis me está ayudando con la preproducción de mi nueva película y tenemos mucho trabajo que hacer.

–Ah, claro –dijo la fresca, con una sonrisa falsa, entregándole un sobre con dos tarjetas magnéticas–. Que disfrute de su estancia.

V. J. lo siguió hasta el ascensor y una vez en el interior se volvió para mirarlo.

–¿Sueles meter mujeres en tu habitación con la excusa de la producción de tus películas?

Kris rio.

–Es la primera vez. En general, los empleados de los hoteles son

muy discretos, ¿pero por qué dejar que alguien invente una historia donde no la hay?

Allí no había ninguna historia. Lo que debía hacer era dejar de flirtear tontamente.

La suite, en el último piso, desafiaba cualquier descripción. V. J. no quería tocar nada por miedo a que la magia se desvaneciera. Un gran ventanal ofrecía una panorámica de los rascacielos de Dallas con todas las luces encendidas.

La última vez que se alojó en un hotel fue después de la fiesta de graduación y Walt vomitó encima de su vestido después de tomar ocho vasos de vino. Aquello no se parecía nada.

Y, como Kris había prometido, había dos dormitorios.

–Voy a dormir diez horas por lo menos.

–Este es el tuyo –dijo Kris, llevándola al interior–. ¿Quieres cenar?

–No, la verdad es que no. Ya has hecho más que suficiente por mí, nunca podré pagártelo.

Cuando iba a entrar en la habitación, él la tomó del brazo.

–V. J...

Ella no se volvió para mirarlo. Podría romperse en mil pedazos si decía algo sexy o agradable. O en griego.

En realidad, daba igual lo que dijera. Se sentía rara, frágil, porque iba a empezar una nueva vida y estaba asustada de no poder ganarse la vida fuera de Little Crooked Creek, de haber cometido un error al subir al Ferrari esa mañana, de no volver a encontrar nunca a un hombre que la encendiese por dentro como Kris.

–Que duermas bien –dijo él, soltándole el brazo.

–Buenas noches –susurró, cerrando la puerta.

La habitación era del mismo estilo que el salón, pero apenas se fijó en ella. Entró en el elegante cuarto de baño y se quitó la ropa...

La ducha caliente la animó un poco. Le encantaba poder estar bajo el agua el tiempo que quisiera, con múltiples chorros y montones de frasquitos de champú y geles exóticos.

Por fin, cuando se sintió limpia del todo, salió de la ducha.

En un cajón encontró pasta de dientes, un cepillo nuevo y un peine con el que intentó domar sus rizos.

Luego, desnuda, cayó en la cama gigante y se metió bajo las sábanas.

Capítulo Seis

Cuando despertó seguía siendo de noche. El reloj de la mesilla marcaba las dos y veinte y su estómago estaba protestando. Habían pasado varias horas desde que se había comido la hamburguesa y no sabía si mirar en la neverita del salón por si había algo de comida o llamar al servicio de habitaciones. Se puso el albornoz blanco que colgaba en la puerta del baño.

Abrió la puerta y entró en el salón de puntillas para no hacer ruido. Tantos años soportando las furias alcohólicas de su padre le habían enseñado a moverse con la habilidad de un ladrón de guante blanco.

–¿No puedes dormir?

Al escuchar la voz de Kris se volvió y lo vio sentado en el sofá.

–Es que tengo hambre –V. J. se aclaró la garganta–. Esperaba encontrar algo en la nevera.

–Me temo que solo hay champán –dijo él–. ¿Quieres que llame al servicio de habitaciones?

–¿Por qué estás despierto? Esperaba que durmieses hasta mañana.

–Estaba analizando escenas en mi cabeza. Tengo un proceso creativo que funciona en la oscuridad.

La oscuridad también hacía que su voz sonara más sexy que nunca.

–Siento haberte molestado –V. J. tropezó con la alfombra y estuvo a punto de caer de bruces.

–No me has molestado. Quédate –dijo Kris–. No quiero que te vayas a la cama sin cenar.

Su voz calentaba sitios que no debería calentar. Él necesitaba estar con Kyla y ella necesitaba más de una noche, pensó, sintiendo una extraña melancolía.

–¿Te importaría encender la luz? No soy un gato.

Cuando encendió la lamparita vio que llevaba un pantalón de chándal y el torso desnudo, tenía los brazos esculpidos y los bíceps marcados.

–Bueno, tal vez era mejor estar a oscuras –murmuró.

–Yo no estoy de acuerdo. Me gusta verte con ese albornoz.

Kris desapareció en la habitación y volvió unos segundos

después con una camisa. V. J. contuvo un suspiro. Bueno, la imagen de su torso desnudo había quedado grabada en sus retinas para siempre.

–Voy a pedir algo de cena.

Solo era una cena, se dijo. Había comido otras veces con Kris... pero nunca a solas en la habitación de un hotel y llevando un albornoz.

–Siéntate –dijo él, señalando el sofá–. No estás molestándome, de verdad.

V. J. se sentó en el sofá y cerró el albornoz para ocultar sus piernas. Aquello era demasiado íntimo.

–He estado pensando... ¿cuál es el paso número seis?

A V. J. el corazón le dio un vuelco dentro del pecho.

–Te lo contaré mañana.

–¿Por qué no ahora?

–Es muy tarde y estás trabajando.

–Ya he terminado. ¿Por qué estas sentada ahí, tan lejos?

–Me gusta este sofá, es cómodo. Ese otro es demasiado pequeño para dos personas.

–¿Pero cuál es el paso numero seis? –insistió Kris.

Afortunadamente, en ese momento llamaron a la puerta. Salvada por el servicio de habitaciones, pensó, mientras se levantaba como un rayo para abrir.

Al otro lado había un camarero con un carrito que la miraba expectante. Kris apareció entonces a su lado y la tomó por la cintura para que el hombre pudiese entrar.

Solo la había tocado para apartarla. Aquella montaña rusa de emociones y esperanzas estaba empezando a ser muy ridícula.

Ridícula porque no debería hacerse más ilusión que la de seguir adelante con su vida. Sola.

Kris le dio una propina al camarero y empezó a colocar los platos sobre la mesa de café.

–¿Te parece bien? Odio las comidas formales. Me recuerda a cuando vivía con mis padres.

–Sí, claro –dijo V. J.

De todas formas, sabía que no sería capaz de probar bocado. Pero cuando Kris levantó la tapa de la bandeja y vio un plato de pollo frito estuvo a punto de soltar una carcajada.

Cinco muslos después, no podía comer más.

Kris, sentado en el suelo, se apoyó en el sofá para chuparse los dedos y V. J. tuvo que apartar la mirada. Demasiado tarde. El calor entre sus piernas le recordaba cómo la había devorado en la noria.

Había hecho algo perverso con la boca… tirando de su lengua, chupándola.

–¿Ya es mañana?

Kris la miraba con los ojos semicerrados, sexy como un dios saciado después de un revolcón entre las sábanas. ¿Por qué tenía que ser tan guapo?

–Pronto amanecerá, así que imagino que ya es mañana.

–¿Entonces cuál es el paso número seis?

–¿Por qué tanta fascinación con el paso número seis?

–La mejor manera de hacer que me interese por algo es no querer hablar de ello. La curiosidad no es solo peligrosa para los gatos.

Bingo. El secreto para conquistar a Kris era guardarse cosas. Y seguir haciéndolo hasta que explotase de deseo. V. J. suspiró. Una información que no le servía para nada.

–Te da igual cuál sea el paso número seis. Solo te importa que yo sepa algo que tú no sabes.

Kris sonrió.

–Exactamente.

–Bueno, tú sabes muchas cosas que yo no sé.

–Entonces, hagamos un intercambio. Háblame del paso numero seis y yo te contaré algo que tú no sepas.

Recelosa, V. J. apoyó los codos en la mesa de café.

–De eso nada. Es tarde y estoy cansada.

No era verdad. Nunca había estado más despierta en toda su vida. La mesa de café no era barrera suficiente contra las chispas que le provocaba su presencia.

Kris le levantó la barbilla con un dedo para mirarla a los ojos.

–¿Qué ocurre, V. J.? ¿Tienes miedo de algo?

–Por favor, no me toques.

–Tienes miedo de mí y yo no quiero que tengas miedo. ¿Prefieres irte a tu habitación?

–No te tengo miedo, pero tú estás a punto de comprometerte y yo… he hecho cosas que no debería haber hecho. Sé que he dado una impresión equivocada, pero no soy una fresca que busque pasarlo bien con el primero que encuentre.

–Yo no pienso eso de ti –Kris se acercó un poco más.

–¿Por qué no? Prácticamente te ataqué en la noria.

–Bueno, pero me habías advertido de que te aprovecharías de mí a la primera oportunidad –le recordó Kris, esbozando una sonrisa–. Es culpa mía por haber caído en tus garras.

–Tú estás a punto de comprometerte con Kyla y yo no quiero ser

tu sucio secreto, alguien a quien escondes en tu habitación fingiendo ser tu ayudante, o lo que sea. No puede haber nada entre nosotros, por eso no quiero hablar del paso número seis.

–No es mi intención hacerte sentir como un sucio secreto, te lo aseguro. Además, podríamos habernos evitado esta conversación si hubieras aceptado el intercambio.

–¿Que yo te cuente lo del paso número seis y tú me cuentes algo que no sepa? –V. J. dejó escapar un suspiro–. Muy bien, sorpréndeme.

Él le tomó la mano para entrelazar los dedos con los suyos.

–Tú primera. Dime en qué consiste el paso número seis.

No debería ser tan estúpida como para seguir con aquel juego peligroso. Y, sin embargo, susurró:

–La consumación.

–Ah, me gusta el paso número seis.

–No era una sugerencia, solo estamos hablando –V. J. apartó la mano, nerviosa–. No estoy intentando convencerte de nada. Puedes comprometerte con Kyla con la conciencia tranquila, tienes mi bendición.

Kris exhaló un suspiro.

–El compromiso no tendrá lugar. He decidido cancelarlo.

De repente, todo se convirtió en un borrón.

–¿Qué?

–Solo era un truco publicitario, una estupidez. No voy a hacerlo.

–Espera un momento. ¿Es por las cosas que he dicho sobre el romance y el amor? ¿Tan convincente soy?

–Eres muy convincente, pero la verdad es que yo no quería hacerlo. Aunque veía los beneficios potenciales... –Kris se encogió de hombros– he decidido que no merece la pena.

–¿Y cuándo lo has decidido?

–Hace un momento.

–Pero tu película... Kris, no puedes tirar tu carrera por la borda.

–Hay otras maneras de encontrar financiación y lo haré. Pero, por favor, esto debe quedar entre nosotros. No puedo evitar que se lo cuentes a los medios, pero te pido que no lo hagas.

–Yo no voy a decir nada.

¿Qué podía decir cuando aquella revelación no tenía sentido para ella?

–Te lo agradezco.

–¿Por qué me lo has contado?

Esperaba que quisiese apartar todos los obstáculos de manera heroica antes de tomarla entre sus brazos para profesarle su amor

durante toda la noche.

Aquella era su fantasía hecha realidad.

–Porque sí –respondió Kris–. No quiero que estés disgustada por haberme besado o por estar en mi habitación. Hoy ha sido un día muy divertido para mí, lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Sigamos así.

Kris había decidido no comprometerse porque no quería hacerlo, no porque se hubiese enamorado de ella.

–Las puertas abiertas mientras esté en Dallas –siguió–. Me tienes en tus garras, puedes aprovecharte de mí cuando quieras.

Qué romántico. Esperaba que ella diese el primer paso. Estaba probando el agua para ver si podía tener una aventurilla mientras estaba en la ciudad.

–Tengo que dormir un rato –dijo V. J.–. Dos noches sin dormir podrían matarme.

–Sí, claro –asintió Kris mientras ella se levantaba para ir a su habitación.

V. J. cerró la puerta y apoyó la espalda en ella, con los ojos cerrados.

¿Qué había creído que iba a pasar?

Kris podía fingir que solo buscaba una aventura sin importancia, pero si de verdad pensaba que era un objetivo tan fácil, aquella noche era la oportunidad perfecta. ¿Por qué no se había insinuado antes?

No lo había hecho porque quería que ella tomase la iniciativa.

¿La iniciativa para qué? ¿Una aventura de un par de días o algo más?

Mordiéndose los labios, V. J. miró la puerta cerrada. Sabía que Kris estaba al otro lado, como sabía lo que había detrás del muro que protegía su corazón.

Se mentía a sí mismo sobre no creer en el amor. Insistía en que había estado dispuesto a comprometerse para conseguir un inversor cuando claramente no era capaz de hacerlo. Malgastaba energía conteniendo su apasionada naturaleza, hacía lo imposible para mantener a todo el mundo alejado...

Su necesidad emocional era abrazar la pasión que escondía y quería, necesitaba, que fuera ella quien lo empujase. Su falso compromiso con Kyla era un estorbo, de modo que la había apartado de la ecuación, esperando que ella sumase dos y dos.

¿Pero si dos y dos en Grecia no era lo mismo que en Texas y ella estaba leyendo mal la situación? V. J. golpeó la almohada con el puño. No, no podía estar equivocada. Imposible. Su motor podría

ser diferente al de la mayoría de los hombres, pero estaba segura de tener la llave capaz de arrancarlo.

Era un reto.

Sutilmente, estaba preguntando si era lo bastante valiente como para aceptar el reto de conseguir su corazón.

Y la respuesta era muy clara: sí, lo era.

Después de una noche de sueño, Kris se metió en la ducha y experimentó un momento de sorpresa al darse cuenta de que sonreía de pura felicidad.

V. J. no se parecía en nada a otras mujeres. Era un reto para él: provocadora, excitante. Le encantaba estar con ella.

No había planeado conscientemente renegar del compromiso con Kyla, pero las palabras habían salido de su boca sin que pudiese evitarlas. Y, de inmediato, se había quitado un peso de encima.

No le gustaba manipular al público con un compromiso ficticio entre la estrella y el director de la película. ¿Por qué había tardado tanto tiempo en darse cuenta? Tenía que haber otra manera; no estaba dispuesto a seguir adelante con esa mentira. Un espejismo del desierto en un camión de color naranja le había hecho entrar en razón.

¿Qué había de malo en promocionar *Visiones en negro* de otra manera? Trabajaría dieciocho horas al día para generar publicidad, haría entrevistas en televisión, haría campañas en Internet y pases gratuitos. Encontraría algo con lo que Abrams y Kyla estuvieran de acuerdo, aunque tuviese que ir por todo Hollywood con un megáfono en la mano.

Kyla tendría una pataleta, con toda seguridad, pero ya lidiaría con ello.

Con todas las complicaciones solucionadas, podía concentrarse en V. J. Quería retomar lo que habían empezado en la noria. Y de inmediato.

Teniendo en cuenta sus fantasías románticas, sabía que «temporal» no estaba en su vocabulario y «permanente» no estaba en el suyo, de modo que tenía que dar un paso atrás. V. J. debía decidir si quería una aventura sin ataduras. Y si era sí, tendría que dar el primer paso.

Salió de la ducha y se vistió a toda prisa, deseando verla. Cuando salió de la habitación, ella estaba sentada a la mesa, mirando la panorámica de Dallas por el ventanal.

–Buenos días –la saludó, aunque era casi mediodía.

Tenía el pelo mojado, como si también ella acabara de salir de la ducha... donde habría estado desnuda y mojada.

Pero esa no era una buena imagen antes del café y después de haber decidido dar un paso atrás.

–Hola –V. J. ni siquiera lo miró.

Contarle que no habría compromiso debería haber eliminado la tensión, pero no parecía ser así.

–¿Qué piensas hacer hoy?

–Buscar trabajo –respondió ella.

El día había empezado con tantas promesas, al menos por su parte. ¿Dónde había ido la intimidad que había entre ellos?

–¿No dijiste ayer que mañana era tu cumpleaños? Pues tenemos que celebrarlo. Deja que te invite a cenar esta noche.

–Gracias, tal vez en otra ocasión.

–Venga, será divertido.

–Kris... –V. J. cerró los ojos un momento–. No tengo nada que ponerme.

–Te llevaré de compras. Considéralo parte del regalo.

Por fin, ella se dio la vuelta para mirarlo.

–Pensé que los hombres odiaban ir de compras.

Kris se encogió de hombros.

–También odio el tráfico, pero es inevitable si quiero ir a algún sitio.

–¿Entonces ir de compras es un medio para llegar a un fin?

–Esa es una analogía desafortunada. Estoy preparado para que cierres la puerta de tu habitación esta noche, como hiciste ayer –le dijo. Claro que no había nada malo en esperar que los dos estuvieran al otro lado de la puerta–. Quiero hacer algo bonito por ti, no creo que eso sea nada malo.

–No, no lo es –de repente, V. J. sonrió y la luz volvió a su rostro. Solo por eso merecía la pena el retraso en su larga lista de cosas que hacer.

–Entonces, vamos. Ya comeremos en algún sitio.

La llevó a una boutique cercana al hotel y mientras V. J. hablaba con la empleada, él se sentó en un sillón a esperar.

–¿Estás seguro de esto? –le preguntó ella, antes de entrar en el probador.

–Completamente. Elige un par de vestidos... ah, y también necesitarás zapatos y todo lo demás. Por cierto, ¿podría darnos la dirección de un buen spa que esté cerca de aquí? –le preguntó a la

empleada de la boutique.

V. J. se puso colorada.

–¿Para qué?

–Para que te relajes un rato. Y no digas que no.

Mientras ella estaba en el spa, Kris tuvo tiempo de reservar mesa para cenar y ver algún vídeo del *casting* en la pantalla del móvil.

–Cenamos a las ocho –le dijo, mientras subían al Ferrari dos horas después–. ¿Te parece bien?

–Sí, claro. Gracias por todo. Me han dado un masaje a cuatro manos, como si fuera una princesa. Ha sido maravilloso.

–Me alegro mucho –dijo él, con voz ronca, mientras se preguntaba si su piel sería suave.

–Sé que no esperas nada a cambio, pero tengo una cosita para ti –V. J. sonrió, traviesa.

–¿Ah, sí?

–Es una sorpresa para más tarde. Tu color favorito es el rojo, ¿verdad?

–¿Por qué crees que es el rojo?

–No lo sé, me lo imagino porque el rojo es el color de la pasión. ¿Me llevas de vuelta al hotel?

–Si quieres volver a besarme, solo tienes que decirlo.

Sus ojos azules brillaban mientras se pasaba la punta de la lengua por los labios.

–Lo mismo digo –V. J. le pasó un dedo por el labio inferior; un roce tan suave como una pluma, pero que lo golpeó en la base de la espina dorsal–. Tienes una boca asombrosa, Kristian.

Empujó un poco el dedo hasta introducirlo en su boca y, mientras él lo chupaba, cerró los ojos y dejó escapar un gemido.

Incapaz de contenerse un segundo más, Kris buscó su boca, sus lenguas bailando, enredándose. La necesitaba más y más, pero cuando golpeó el volante con el codo recordó que estaban en el coche, en el Ferrari de Kyla.

Quería apartarse, pero no podía hacerlo. Solo un segundo más, se decía…

Kris se apartó.

–Cenamos en un italiano –le dijo, después de aclararse la garganta.

Cuando volvieron al hotel, ella entró cargada de bolsas a su habitación y él se quedó en el salón, sin saber qué hacer. Suspirando, se dejó caer en el sofá y tomó el mando de la televisión,

intentando controlar una erección incontrolable.

Tenía un millón de cosas que hacer y, sin embargo, estaba allí, sin hacer nada, como un adolescente excitado.

–Kris –lo llamó V. J. desde la habitación–. ¿Puedes ayudarme un momento?

Por supuesto. ¿Qué mejor manera de controlar sus hormonas que entrar en su habitación? Donde había una cama con sábanas que olían a coco...

–Abajo, chico –murmuró.

Cuando entró en la habitación se quedó inmóvil al verla con el albornoz blanco deslizándose por un hombro. Las piernas y los pies desnudos, las uñas pintadas de rojo...

–¿Para qué me necesitas? –le preguntó, con una voz que no conocía.

–¿Qué vestido debo ponerme esta noche? No sé dónde vamos.

V. J. tenía un vestido en cada mano.

–Ese –respondió Kris, señalándolo sin mirar mientras no dejaba de observar su escote.

–A mí también me gusta –V. J. tiró los dos vestidos sobre la cama y bajó las manos hasta el cinturón del albornoz.

A Kris se le doblaron las piernas al ver que empezaba a desatarlo.

Con agonizante lentitud, V. J. empezó a abrir el albornoz, pero volvió a atar el cinturón antes de darse la vuelta.

–Gracias por tu ayuda. Estaré lista a las ocho.

Kris se dio una ducha fría que no le enfrió la sangre ni le redujo la incómoda erección. Mientras estaba bajo el agua no podía dejar de recordar la escena, con un guion totalmente diferente: V. J. tumbada en la moqueta y él desatando el cinturón del albornoz con los dientes. Luego abriría sus piernas para beber de ese pozo que le había negado durante demasiado tiempo, se deslizaría en ella con fluidez para encontrarla ardiendo y húmeda. V. J. dejaría escapar esos gemidos que tanto lo excitaban...

Sería así una y otra vez hasta que explotasen los dos.

Kris se apoyó en la pared de baldosas.

¿Por qué no entraba en la habitación y le hacía el amor allí mismo, en el suelo? O contra la pared, o apoyándola en la cómoda. O de las tres maneras.

¿No había decidido dar marcha atrás?

Le daría una noche especial, algo que recordase para siempre. No había cuentos de hadas en los que el príncipe sometiese a la princesa a una ofensiva sexual. Y a las mujeres reales tampoco les

gustaba eso.

Pero nunca le había sido tan difícil dar un paso atrás. Esa era la razón por la que se quedaba detrás de la cámara; una vez liberadas, sus pasiones no tenían control y tenía que encontrar la manera de apagar ese interruptor porque él no era su padre.

La inteligente, divertida, encantadora Victoria Jane Lewis, que nunca había salido de Texas porque había tenido que cuidar de su madre, merecía algo mejor.

Los pasos para llegar al romance significaban algo para ella y su mayor deseo era ser la estrella de su propia fantasía, de modo que no la tocaría hasta que se sintiera como una princesa. Punto.

Capítulo Siete

Después de cubrir el hematoma con maquillaje, V. J. se puso el vestido negro que había comprado.

El vestido, ajustado al cuerpo y escotado por delante y por detrás, era un pecado. Debajo llevaba un sujetador de encaje casi transparente que le levantaba los pechos.

Kris había tenido que pagar por todo eso, ya que ella no tenía dinero. Si lo hubiera tenido, no se habría visto obligado a rescatarla. Pero entonces seguramente nunca se hubieran conocido...

El destino había intervenido uniendo a dos almas gemelas; dos románticos en un mundo diseñado para que no lo fueran.

Kris escondía de todos su apasionada naturaleza, sin darse cuenta de que se veía en sus películas, en la música que escuchaba, en la heroica defensa frente a sus hermanos. En cómo la besaba.

Si pudiera convencerlo para que aceptase esa pasión, todos los obstáculos habrían desaparecido. Pero tenía que ser él quien diera el primer paso.

Desgraciadamente, no iba a hacerlo. Por un momento, en el coche, había pensado que sí, pero no. Ni siquiera después de dejar que el albornoz se le deslizase por el hombro...

Necesitaba un empujón, algo más efectivo.

Quería estar con él. Quería enamorarse del todo y, si lo hacía bien, Kris sentiría lo mismo. Entonces el sueño se haría realidad.

Tardó quince minutos en acostumbrarse a los zapatos negros de altísimo tacón y salió del dormitorio sin tenerlas todas consigo.

La expresión de Kris se oscureció cuando la miró de arriba abajo, devorándola con los ojos, y V. J. apretó los muslos involuntariamente bajo el nuevo tanga.

Sin decir una palabra, Kris dio un paso adelante para tomarle la mano.

–Ha merecido la pena esperar. No sé qué decir. Estás maravillosa.

–Gracias –V. J. se puso colorada al ver el deseo que ardía en sus ojos. Kris conocía a cientos de mujeres guapas y ella debía palidecer en comparación.

–¿Llevas carmín en el bolso? –le preguntó, tomándola por la

cintura.

–¿Debería llevarlo?

–Vas a necesitarlo.

Cuando inclinó la cabeza para besarla, V. J. cerró los ojos y se agarró a él. Cuando Kristian Demetrious la besaba, perdía el equilibrio.

Sus hábiles manos exploraban su espalda desnuda y movió las caderas hacia él, apretándose contra el sólido torso mientras inclinaba la cabeza para recibir el beso.

Pero entonces Kris se apartó, dando un torpe paso atrás.

–Recuérdame que te compre más zapatos de tacón. Me gusta mucho no tener que inclinarme para besarte.

–Yo... tengo algo para ti –V. J. tiró del escote del vestido para revelar una diminuta mariposa roja tatuada a un centímetro del pezón derecho.

Kris iba a decir algo, pero no le salía la voz.

Había sido tan divertido hacerse el tatuaje.

–Estoy muerta de hambre. ¿Dónde vamos?

–No me acuerdo, dame un momento –respondió él, pasándose una temblorosa mano por el pelo–. Ve a buscar el carmín.

Su acento era más marcado que nunca y eso la hizo sonreír. Quería oírlo decir algo provocativo, preferiblemente mientras la tocaba.

La mariposa había dado resultado, pero no el que ella esperaba.

Tenía que aumentar la apuesta, ¿pero cómo?

Casa di Luigi era un lujoso restaurante italiano con camareros pendientes de ellos en todo momento. Kris pidió una carísima botella de vino y la miró por encima de su copa con expresión seria.

Escuchaban conversaciones suaves a su alrededor, pero ellos apenas hablaban. No les hacía falta; entre los dos había una comunicación no verbal cargada de erotismo.

Kris dejó la copa en la mesa y le tomó la mano.

–¿Lo estás pasando bien?

–Lo estoy pasando muy bien.

–Háblame de esa novela que te gusta tanto –dijo él entonces.

–¿Cuál? ¿*El abrazo del bribón*?

–La de Lord Raven. ¿Cuál era el argumento?

–Lord Ravenhood –lo corrigió ella–. ¿Por qué quieres conocer el argumento?

–Porque quiero hablar de algo que te interese.

V. J. se encogió de hombros.

–Se trata de un duque que rescata a una dama de un carruaje sin control y se enamora de ella a primera vista. Salvo que él es... ¿qué pasa?

–¿Ese es el argumento?

–¿Cuál creías que era, una versión explícita e ilustrada del *Kama Sutra*?

Kris se atragantó con el vino.

–¿Qué sabes tú del *Kama Sutra*?

–Imagino que lo mismo que tú –V. J. lo miró con un esbozo de sonrisa–. ¿Por qué? ¿Lo has leído?

–No te entiendo –dijo Kris entonces.

–Ah, por fin funciona mi plan de ser una mujer misteriosa y llena de secretos –bromeó. Aunque apenas podía prestar atención a lo que decía mientras él le mordisqueaba el dedo–. ¿Por qué está siempre mi dedo dentro de tu boca?

–Porque me gusta cómo sabe y estamos en público. Es lo único que puedo hacer.

Ella cerró los ojos. Hora de pasar a la ofensiva. Tenía que dar el primer paso y hacerlo pronto.

–Bueno, el *Kama Sutra* –murmuró, echándose un poco hacia delante para mostrar el borde del sujetador de encaje–. ¿Cuál es tu favorita?

–¿Te refieres a las posturas? –preguntó Kris.

–Sí, Sherlock, a las posturas.

Él emitió una especie de risita que sonó como un resoplido.

–¿En serio? ¿No es suficiente con que no pueda borrar de mi mente la vívida imagen de lo que hay bajo ese vestido?

–Tú has empezado chupándome el dedo en público –le recordó ella, en voz baja.

–Muy bien, tú primero. ¿Cuál es la tuya?

–No lo sé, aún no las he probado todas –respondió V. J., enarcando una ceja.

–Venga, ayúdame. Este es tu regalo de cumpleaños: una cena, ir a bailar. Estoy siguiendo los pasos y te pido amablemente que dejes de hablar de sexo para que podamos tener una velada romántica. ¿Quieres pedir la cena ya?

¿Siguiendo los pasos? A V. J. se le encogió el corazón. Por eso le había preguntando por *El abrazo del bribón*...

–La verdad es que no me apetece cenar.

–¿Entonces qué quieres hacer? Pensaba llevarte a bailar después. Pero podemos ir ahora si quieres, ya cenaremos más tarde.

–Llévame al hotel ahora mismo o no volveré a hablarte en la vida.

Kris clavó en ella una mirada intensa.

–¿Está bien saltarse todos los pasos e ir directamente a la cama?

–No te has saltado ningún paso. Los has hecho todos, así que soy tuya.

–Podemos ir al hotel si eso es lo que quieres, pero yo debo volver a Los Ángeles en unos días. Eso debe quedar claro.

V. J. cruzó los dedos bajo la mesa. Si quería seguir fingiendo que aquel era un encuentro sin importancia, también ella podía hacerlo. Lo que fuese para empujarlo hacia todo lo que merecía. Hacia todo lo que podrían tener juntos.

–Lo tengo claro. Solo estamos pasándolo bien, ¿no?

Él hizo una mueca.

–Estoy deseando probar esa mariposa –murmuró–. Es tu última oportunidad de echarte atrás.

Ella sintió un escalofrío.

–Paga la cuenta.

–Llevo dinero en efectivo –Kris sacó la cartera del bolsillo y tiró un par de billetes sobre la mesa–. ¿Puedes correr con esos tacones?

–Seguro que no me atrapas –respondió V. J., levantándose al mismo tiempo que él.

Kris saltó del coche en cuanto llegaron al hotel y la llevó prácticamente corriendo al ascensor. Mientras las puertas se cerraban, la empujó contra la pared y le aplastó la boca en un beso desesperado, acariciándola por todas partes, consumiéndola, tirando del vestido hacia abajo para descubrir sus pechos.

V. J. echó la cabeza hacia atrás mientras le chupaba uno de los pezones, tirando de él con los labios, haciéndola gemir.

Kris le metió una mano bajo el tanga y le abrió los pliegues con un dedo antes de introducirlo en su interior… y ella estuvo a punto de perder el conocimiento. Sus manos eran mágicas, la espiral de deseo como un muelle a punto de saltar.

–Kris… para… para –empezó a decir, sin aliento.

–¿Por qué voy a parar?

–Porque hemos llegado a la planta. Vamos dentro.

–Ah, lo siento. Me he dejado llevar.

Las puertas del ascensor se habían abierto sin que se diera cuenta.

Sin decir una palabra, la tomó en brazos para llevarla a la suite,

directamente a su dormitorio.

Al ver la cama cubierta de pétalos de rosa, V. J. le entregó su corazón. Probablemente se lo había entregado la primera vez que le sonrió en la carretera de Little Crooked Creek.

Kris había reconocido los pasos del romance... por eso sabía que la emocionarían los pétalos de rosa.

Él la dejó en el suelo con cuidado y tiró de los tirantes del vestido, atrapando sus brazos con la tela.

–Así me gusta más –murmuró.

Estudiaba sus pechos, visibles a través del sujetador de encaje, con tanta intensidad que las mejillas de V. J. ardían. La mariposa lo tenía hipnotizado.

–No soy un Monet –murmuró ella, aunque no le salió la voz sexy que habría querido.

–Sí lo eres. Eres exquisita. Y llevas demasiada ropa –el vestido terminó alrededor de sus tobillos–. Por cierto, el rojo no es mi color favorito.

–¿No? ¿Entonces cuál...?

Él tiró hacia abajo del tanga y rozó con los nudillos el capullo escondido entre los rizos.

–Este es mi color favorito. Quiero verlo.

V. J. experimentó un calor húmedo mientras pasaba el dedo arriba y abajo entre los pliegues y cuando lo apartó se agarró a sus hombros porque se le doblaban las rodillas.

–Puedes ver todo lo que quieras –le dijo, sin aliento–. Pero antes tienes que hacer algo por mí.

–¿Qué?

–Háblame con esa voz tuya tan increíble –le rogó ella. Cuando Kris le introdujo el dedo hasta el fondo, V. J. dejó escapar un gemido–. Kristian...

Los ojos se le oscurecieron.

–No puedo decir lo que siento cuando me llamas así.

–Inténtalo.

Kris tiró de ella para besarle el cuello, susurrando palabras en griego mientras le desabrochaba el sujetador, que tiró por encima de su hombro. Sin dejar de murmurar, la empujó hacia atrás hasta sentarla en la cama... de alguna forma, no sabía cómo, el tanga también había desaparecido.

Se puso de rodillas frente a sus piernas y la miró mientras ponía la boca donde había estado su dedo, lamiendo el capullo escondido entre los rizos mientras murmuraba algunas palabras en griego...

V. J. suspiró. Nunca podría volver a mirarlo a los ojos, pero era

tan asombroso que empezó a empujar las caderas hacia delante, buscando involuntariamente su milagrosa boca. Movía la cabeza de lado a lado mientras él chupaba y lamía murmurando palabras en griego, llevándola al precipicio hasta que por fin se dejó ir…

Kris le besó el muslo y ella cayó sobre el edredón, tan saciada y agotada que sus huesos parecían haberse derretido como el chocolate. Él se tumbó a su lado y se sintió avergonzada al ver que aún llevaba la ropa.

¿Cómo había tenido la suerte de estar tumbada en una cama, desnuda, al lado de Kris Demetrious?

–Debo decir que tienes mucho talento… hablando. Pero hay otra cosa que quiero que hagas.

Atrevida de repente, se colocó sobre él, montándolo, cadera contra cadera. Estaba duro por todas partes y se moría por sentir cada centímetro.

–¿Creees que tengo talento? –le preguntó Kris, sin aliento.

–Vamos a probarlo –V. J. aplastó el pétalo de una rosa entre los dedos y lo pasó por sus labios–. La próxima vez que tenga un orgasmo, te quiero dentro de mí.

Con los ojos cerrados, él tuvo que agarrarse al edredón.

–Para –Kris le sujetó las caderas con las dos manos–. Me estás volviendo loco. Yo intento hacer esto bien, pero tú no haces tu papel.

–¿Ah, no? Tal vez deberías darme un guion. ¿Qué debería hacer?

–Se supone que esta es tu fantasía romántica, no la mía. Por el momento, no hemos cenado, no hemos bailado y he estado a punto de hacerte el amor en el ascensor. Deberías darme una patada y hacerme dormir en el coche.

–¿Por qué?

Kris cerró los ojos un momento. Estaba claro que luchaba contra algo. Tal vez no la encontraba tan atractiva desnuda.

–Estoy acostumbrado a controlar mis pasiones, pero temo perder el control contigo. Eres tan pequeña… no quiero hacerte daño.

–No digas tonterías. Tú nunca me harías daño.

–No intencionadamente –dijo él–. Esto debería ser como una de tus fantasías y estoy intentándolo, de verdad.

V. J. tenía el corazón encogido. Kris parecía haber llegado a la conclusión de que un romance tenía que ser casto y aburrido. No había entendido nada.

De modo que metió una mano bajo su camisa para ponerla sobre su corazón, notando sus erráticos latidos.

–Una vez, había un príncipe que sentía las cosas tan

profundamente que temía que lo supieran los demás, así que fingía no sentir nada. Entonces conoció a una princesa que lo entendía como nadie y ella le pidió que se olvidase de todo y le hiciese el amor sin parar. Fin.

Kris se quedó inmóvil. Muy inmóvil, como si estuviera muerto.

Pero no era eso lo que ella quería.

–No puedo –susurró–. No lo entiendes.

–Eres tú quien no lo entiende. Te deseo... todo, sin barreras. Déjate ir, Kristian.

De repente, él se sentó en la cama para capturarle la boca con gesto posesivo.

Le había dado permiso para dejarse ir, pero había subestimado lo que eso significaba.

No era un beso sino una primitiva llamada que hacía correr la sangre por sus venas como lava, exigiendo no solo su cuerpo sino su alma.

Antes del siguiente latido de su corazón, se había rendido.

Por el momento, por una vez, el mundo dejó de existir.

Enredó los dedos en la seductora melena rizada e inclinó a un lado su cabeza para besarla en el cuello hasta que la hizo gemir.

–Sí, sí –susurró V. J., moviendo las caderas–. ¿A que esperas?

Él se quitó la ropa, prácticamente rasgando la tela de la camisa, antes de ponerse un preservativo. Impaciente, la empujó hacia la pared y se apretó contra ella, piel con piel, metiendo un muslo entre sus piernas para rozar su húmedo centro, el aroma femenino saturando sus sentidos.

Levantó una de sus piernas y la enredó en su cintura, sujetando su trasero con las dos manos. Luego empujó hacia arriba y la penetró de una embestida.

Por fin.

Kris se quedó sin aliento, intentando contener la explosión mientras la llenaba hasta el fondo y ella se ensanchaba para recibirlo.

–Esta es mi postura favorita –dijo con voz ronca–. Estás tan abierta, me entierro en ti de manera tan profunda.

Quería que lo entendiese como no lo había querido con ninguna otra mujer.

Mientras empujaba de nuevo, V. J. lo miró a los ojos.

–Tú también.

Sí, era cierto. Ella lo había abierto con su sinceridad y le costaría trabajo cerrar ese hueco. Pero eso sería más tarde. Mucho más tarde.

Se apartó de ella lentamente para saborearla. Necesitaba más y ella se lo entregó voluntariamente. Y aún más. Era tan asombroso entregarse por completo a aquello… fuera lo que fuera.

Empujaba más fuerte, más rápido, una y otra vez, y ella cerraba los ojos mientras los dos disfrutaban con las embestidas. V. J. le suplicó con ese gemido tan sexy…

–Estoy dentro de ti –dijo él, con los dientes apretados–. Déjate ir.

V. J. musitó su nombre en un suspiro que le salió del alma, contrayendo los músculos internos de tal manera que Kris se derramó en ella hasta que no podía sentir los huesos.

Se lo había llevado todo y más, incluso partes de sí mismo que siempre había querido guardar.

Jadeando para buscar oxígeno, tiró el preservativo y la dejó sobre la cama. Agotado, se tumbó a su lado, mirándola mientras le acariciaba el cuello. ¿Cuándo había hecho algo así?

–Tienes un chupetón. Lo siento, no…

–Yo no –lo interrumpió ella–. Ahórrate el aliento para el segundo asalto, por favor. Aún nos quedan al menos cien páginas del *Kama Sutra* por repasar.

Riendo, Kris la envolvió en sus brazos.

–Eres asombrosa, ¿lo sabes?

–Tú también –V. J. cerró los ojos un momento–. Cuando estés listo otra vez, dímelo. La pared ha estado bien, pero tenía que agarrarme a ti y me gusta tocarte. Así.

Antes de que él pudiese abrir la boca para declinar tan tentadora oferta, V. J. le acarició el abdomen con las uñas y Kris pensó que debería retirarse antes de perder el poco control que le quedaba.

–¿Tan pronto? Ahora sé que sobrestimas mis talentos.

–O tu subestimas los míos –dijo ella, acariciándolo con las dos manos.

–¿Dónde has aprendido a hacer eso?

–Es pura mecánica –bromeó V. J., deslizándose hacia abajo para tomarlo en la boca.

Demasiado tarde. Ya no podía marcharse.

Ya no quería marcharse.

Perdido en la succión de sus labios, Kris cerró los ojos, apretando las nalgas mientras se dejaba ir. Dos veces en unos minutos.

Victoria Jane estaba renovando su fe.

–Estoy asombrado. Tienes mucho talento.

–Nunca lo había hecho antes. ¿Lo he hecho bien? –V. J. enterró la cara en su hombro.

Era una mezcla de seducción e inocencia. Todo en ella era tan excitante que Kris tuvo que disimular una sonrisa.

–Tal vez deberías intentarlo de nuevo. Solo con la práctica se llega a la perfección.

Ella le dio un golpe en el brazo, riendo.

–Te dije que sería divertido.

–Nunca había sido así para mí.

–Porque siempre has fingido que nada te afectaba. Hace falta mucha energía para contenerse –V. J. se tumbó sobre él para acariciarle el torso–. No vuelvas a hacerlo. Conmigo no.

–¿Pero puedo hacerlo con otras mujeres?

Ella hizo una adorable mueca.

–Contente con otras mujeres. En realidad, te recomiendo que no vuelvas a acostarte con ninguna otra, solo conmigo.

Adorable y peligrosa. Peligrosamente adictiva. Era sincera en todo, incluyendo su previsible deseo de una relación monógama, y su transparencia lo excitaba.

–Por el momento, me quedo contigo. ¿Tienes hambre?

–Podría comer algo, la verdad. ¿Vas a invitarme a cenar después de haberte acostado conmigo? Qué sorpresa.

Kris tiró de ella para besarla.

–Vístete, pero no te pongas ese vestido. Ponte algo que te tape más o moriremos de hambre.

–¿No hay servicio de habitaciones? –V. J. arqueó una seductora ceja–. Recuerdo a ese tipo con el carrito.

–Belleza y cerebro. ¿Te he dicho cuánto me gustas?

–Dame cinco minutos y luego vuelve a decírmelo –bromeó ella, frotando su húmedo sexo contra el suyo hasta hacerlo gemir mientras le ponía un preservativo y lo guiaba hacia su entrada.

–Me va a matar.

–No te preocupes, sé hacer el boca a boca.

Kris puso los ojos en blanco, murmurando algo incoherente.

–No te hago daño, ¿verdad?

–No pares, por favor.

–Está bien, has ganado. Espero que esto te compense por no tener tu cuento de hadas.

–Kris... –V. J. lo miró a los ojos–. Estás aquí y ese es el cuento de hadas. No el escenario ni las palabras ni lo pétalos de rosa. Para tener magia solo te necesito a ti.

–Quiero que te quedes dormida entre mis brazos.

Aquello, lo que fuera que había con V. J., se había convertido en algo inesperado.

–Bueno, si insistes –V. J. sonrió–. La verdad es que me gustaría probar otra postura por la mañana. A menos que quieras probarla ahora mismo…

Capítulo Ocho

Al amanecer, Kris apartó las cortinas y volvió a la cama para ver cómo el cielo se teñía de colores. V. J. despertó un segundo para pasarle un brazo por la cintura y luego volvió a quedarse dormida con la cabeza sobre su hombro.

Era desconcertante lo cómodo que era todo con ella y lo fácil que sería acostumbrarse.

No recordaba la última vez que había visto la noche convertirse en día. Los pequeños placeres eran un lujo que había olvidado porque normalmente se levantaba muy temprano para trabajar.

A las ocho y media se levantó, con cuidado para no despertarla, y le colocó la cabeza suavemente en la almohada. V. J. suspiró, apartando la sábana. Tenía chupetones en el cuello y el pecho… y Kris se sintió culpable.

Pero ella lo había querido, se lo había suplicado. Estuvo a punto de abrazarla de nuevo…

Pero no lo hizo.

En el salón, se sentó en el sofá y llamó a Kyla.

–Hola, Kris –lo saludó, como si estuviera totalmente despierta, aunque él sabía que aún seguiría en la cama. Una gran actriz incluso cuando no había público delante.

–Hola –él hizo una pausa, sopesando cómo tocar el tema de V. J. porque con Kyla nada era sencillo–. Lo siento. Es importante o te habría llamado más tarde.

–Nada es tan importante si estoy en la cama. A menos que quieras venir a hacerme compañía.

–He conocido a alguien.

Y eso era lo que pasaba cuando hablaba con Kyla, que decía cosas que no debía decir.

–Muy bien, ya estoy despierta. Por eso has tardado tanto en llamar, ¿no? Podrías haberme dado cinco minutos para tomar un café antes de soltar algo así.

–Mira, Kyla, no voy a seguir adelante con el falso compromiso. No puedo. Nunca me gustó la idea.

Ella se quedó en silencio unos segundos.

–¿Se lo has dicho a Abrams?

Por supuesto, esa iba a ser su primera pregunta.

–No te preocupes, el papel protagonista sigue siendo tuyo.

–No estoy preocupada por mí sino por ti, cariño. ¿Lo has pensado bien?

–Sí, lo he pensado bien –Kris apretó los dientes.

–¿Entonces, cuál es el plan? Los contratos ya están firmados. ¿Has traído a otra persona para llevar la publicidad y la promoción?

Debería haber buscado otro inversor antes de hablar con alguien tan astuto como Kyla.

–Sigo trabajando en un plan alternativo. ¿Quieres tu coche, por cierto? Lo dejaré en tu casa esta mañana.

–Guy ha organizado una fiesta esta noche en Club 47. Lleva el coche allí... y a tu nueva amiga. Me gustaría conocerla.

Kris se hundió en el sofá.

–Prefiero llevar el coche a tu casa.

–Ahora siento curiosidad. ¿Quién es ella?

–No la conoces.

–Debe ser feísima.

–Por favor... –Kris respiró profundamente para no enfadarse–. No digas tonterías.

–No puedes seguir enfadado por lo de Guy. Ahora solo somos amigos.

Como sospechaba, había roto con Guy y tenía la intención de retomar la relación con él.

–No estoy enfadado por lo de Guy.

–Ven al club, lo pasaremos bien. Tu amiga también, en serio.

A Kris se le ocurrían mil cosas que V. J. y él podían hacer para pasarlo bien y no tenía nada que ver con meterse en un nido de víboras.

–No es solo una amiga.

–Ah, vaya, ¿entonces vais en serio? ¿Ella es la razón por la que no quieres saber nada del compromiso?

–Kyla, déjalo. Iré con ella a Club 47 para que sacies tu curiosidad y dejaré el coche en el aparcamiento.

Su relación con V. J. tenía una vida muy corta y eso no iba a cambiar dijese lo que dijese Kyla. Porque aquello no podía seguir adelante.

Tenía que dar marcha atrás. Cuanto más tiempo estuvieran juntos, más fácil sería convertirlo en algo permanente.

Después de cortar la comunicación se puso a trabajar, preguntándose todo el tiempo qué lo molestaba, por qué sentía una opresión en el pecho.

V. J. despertó sola en la cama y aguzó el oído por si Kris estaba en la ducha, pero la puerta del baño estaba abierta y el interior a oscuras.

Se sentó de golpe y lo lamentó de inmediato. Le dolía todo... pero qué dolor más rico. La noche anterior había sido mítica.

Después de ducharse fue al salón y encontró a Kris trabajando frente al ordenador portátil, pero esbozó una sonrisa al verla.

–Ven aquí.

Kris la sentó sobre sus rodillas para besarla apasionadamente y V. J. se preguntó cómo había podido elegirla a ella de entre tantas mujeres posibles.

–Buenos días.

En lugar de responder, él abrió el escote del albornoz para besar la mariposa.

–Tengo cosas que hacer, pero esta noche cenaremos juntos. ¿Te importa estar sola hasta las cinco?

–No, claro que no. Imaginaba que tendrías que trabajar. ¿Qué vamos a hacer esta noche?

–Ya te lo diré luego. Feliz cumpleaños, por cierto.

V. J. sonrió. Su madre había sido la única que recordaba la fecha de su cumpleaños...

–Gracias.

–Ahora vete para que pueda concentrarme –Kris la empujó suavemente y V. J. volvió a la habitación, suspirando.

Decidió bajar a la piscina y empezó a leer *El abrazo del bribón* por enésima vez, pero su novela favorita ya no le interesaba, de modo que cerró los ojos y descansó un rato. Comió sola, echando de menos a Kris, y a las cuatro volvió a la habitación.

Pero él se había ido. El ordenador estaba sobre la mesa, cerrado, y su móvil no estaba en la mesita de café.

En fin, no tenía que darle explicaciones. Volvería tarde o temprano.

Pero cuando iba a entrar en la ducha, Kris apareció en el baño con una sonrisa muy traviesa.

–Exactamente donde esperaba encontrarte –murmuró mientras empezaba a desnudarse como si fuera totalmente natural estar en el baño con ella.

V. J. se puso colorada. Pero no podía sentirse tímida después de la noche anterior. ¿O sí?

Kris la envolvió en sus brazos, diciendo con sus caricias todo lo que no decía con palabras.

Sí, sí, sí. La noche anterior había cimentado su relación…

De repente, se le encogió el estómago. Estaba enamorada de Kris.

–Quiero oírte gritar mientras te enjabono la espalda –murmuró él.

La empujó contra la pared de azulejos, apretándose contra su espalda, y el roce de la fría pared en contraste con el calor del cuerpo masculino hizo que sintiera un escalofrío de placer.

Cuando empezó a acariciarla por detrás, deslizando dos dedos entre sus pliegues, V. J. se arqueó, deseándolo como nunca, la deliciosa fricción haciéndola gemir de placer.

–Eso es. Dime cuánto te gusta.

–Me excitas, me gusta tanto –dijo ella con voz ronca–. Te necesito… ahora.

Kris la empujó suavemente hacia delante y se enterró en ella por detrás.

–¡Más! –gritó V. J.–. Más rápido.

Y él hizo ambas cosas mientras le mordía el cuello, hasta que V. J. llegó al orgasmo gritando de placer.

–Eres tan preciosa –susurró–. Tan desinhibida.

V. J. se dio la vuelta.

–Puedes verme mejor desde este ángulo.

–Eres insaciable. No puedo decirte cuánto me gusta eso.

V. J. apretó sus caderas contra él. Lo necesitaba. Nunca había sentido algo así. Había estado esperando aquello, a él, toda su vida.

Kris la levantó por la cintura para hacerla suya de nuevo y V. J. lo miró a los ojos mientras llegaba al orgasmo. El placer, la afinidad, el afecto que vio en ellos le encogió el corazón de tal forma que una lágrima le rodó por el rostro. Y aún unidos y totalmente entregada, susurró: «Te quiero».

Él la miró, sorprendido, y V. J. dio un paso atrás.

–Lo siento, ha sido la pasión del momento. No te preocupes, no es contagioso.

Sus ojos eran fríos, inescrutables. El inaccesible Kristian Demetrious había vuelto.

–Espera, deja que te enjabone.

Charlaron mientras se vestían, pero la intimidad que había habido entre ellos había desaparecido. Compartieron el espejo del baño, tocándose de manera accidental como una pareja, pero algo no iba bien y V. J. se asustó de verdad.

Fueron a cenar a un sitio diferente esa noche y, a mitad de la ensalada, dejó el tenedor en el plato.

–¿Podemos hablar de lo que ha pasado?

–¿A qué te refieres? –murmuró él, sin mirarla.

–De lo que ha pasado en la ducha.

–Me gustan mucho las duchas. ¿A ti no?

–Le digo eso a todos los hombres con los que me acuesto. No significa nada.

Él tomó su copa y se echó hacia atrás en la silla.

–Vaya, ahora me siento muy especial.

De repente, V. J. estaba cansada de intentar tirar un muro. Cansada de esperar ese momento en el que todas las piezas encajaran.

–¿Qué esperabas que dijera? ¿Que no siento nada por ti? No puedo, lo siento. Los dos sabemos que es mentira... como lo que he dicho antes de los demás hombres. Solo ha habido otro hombre en mi vida.

Kris le apretó la mano.

–Eres la mujer más fascinante que he conocido nunca y lo más atractivo de ti es tu sinceridad. Acepto que a veces esa sinceridad lleva a algo inesperado, pero te lo agradezco. Siento mucho no haber sabido qué decir, me ha pillado por sorpresa.

–¿Acabas de disculparte?

Kris pensaba que era fascinante. En lugar de mostrarse asustado por lo que había dicho, estaba pidiéndole disculpas. Aquello era mejor que una novela romántica.

–Me disculpo por haber actuado como un tonto. Lo siento, de verdad. No quiero perder un segundo y solo tengo unos días antes de volver a Los Ángeles. ¿Podemos dejar eso atrás y pasarlo bien esta noche?

–Sí, claro –murmuró V. J.–. ¿Qué hay en la agenda para hoy?

–Una reunión con un grupo de gente que conozco.

–Ah, qué divertido –murmuró ella, tomando el tenedor para seguir comiendo. Aunque la ensalada no le sabía a nada.

Kris seguía planeando cortar con ella y marcharse en unos días. En lugar de tirar barreras, había levantado algunas más en cuanto dijo que lo quería.

Estaba esperando en vano el momento en el que las cosas encajasen porque para Kris no era un encuentro significativo que fuese a cambiar su vida.

Pues de acuerdo. Si solo quería pasarlo bien unos días, así sería... al menos hasta que supiera cómo hacer que uno y uno

sumaran dos.

–Tengo que llevarle el coche a Kyla –dijo Kris entonces.

–¿El Ferrari?

–Claro. Es de Kyla y tengo que devolvérselo esta noche... ¿por qué sonríes así?

El Ferrari no era de Kris. El motor en su cabeza no era un motor extranjero y complejo. Ella conocía a Kristian Demetrious y, por lo tanto, no iba a creer las mentiras que se contaba a sí mismo. Estaba cayendo en el viejo hábito de negar sus sentimientos porque... bueno, no sabía por qué exactamente, pero eso no cambiaba nada. No había cometido un error al confesarle sus sentimientos.

Pensaba que se iba de Dallas en unos días y ella iba a hacer que cambiase de opinión.

Un empujón más y nunca la dejaría, porque se daría cuenta de que estaban hechos el uno para el otro.

La música se oía desde la calle mientras Kris se abría paso entre la gente que esperaba en la cola de Club 47.

–¿Vamos por una entrada VIP?

–Algo así.

Kris le hizo un gesto al portero, que abrió la puerta para ellos con una sonrisa. Había mucha gente en la barra, en la pista y sentados en los sofás. Todos ellos apestaban a dinero.

–¿Voy a conocer a muchas estrellas? –le preguntó, gritando para hacerse oír por encima de la música.

–Solo son gente como los demás.

Todas sus respuestas habían sido cortas y secas desde que salieron del restaurante. Y Kristian Demetrious inaccesible no era la mejor compañía.

Por suerte, se había puesto el vestido rojo esa noche. Un vestido con un escote que le llegaba hasta la cintura. Lo único que necesitaba era un tridente y unos cuernos; parecería una diablesa, pero al menos la hacía sentir segura.

Subieron por una escalera y otro portero apartó un cordón al verlos llegar. Parecía el sitio al que iban todos los ricos y famosos de Dallas. Aquella gente tenía dinero, éxito, prestigio. Como Kris.

V. J. miraba de un lado a otro, viendo rostros famosos que solía ver en las revistas o en televisión.

–¿Ese no es uno de los Jonas Brothers? –exclamó. Y luego se mordió la lengua. Si no se controlaba iba a avergonzarlo, pero seguía un poco nerviosa desde la cena.

Y entonces vio a Kyla Monroe rodeada de una corte de admiradores; una moderna Scarlett O'Hara en el cuerpo de Scarlett Johansson. En persona era igual que en la pantalla: perfecta, con la lisa melena rubia, el maquillaje perfecto, una piel ideal.

Se le encogió el estómago al pensar que las dos se habían acostado con el mismo hombre. Kris había tocado a Kyla como la tocaba a ella y probablemente muchas más veces. ¿Cómo hacía aquello la gente de Hollywood?

V. J. esbozó una sonrisa y aceptó la mano que la estrella le ofrecía. Aquella era la gente con la que Kris se relacionaba cada día y tenía que encontrar su sitio o la crucificarían.

–Así que esta es tu novia –Kyla la miró de arriba abajo–. Kris olvidó mencionar lo guapa que eres. Antes de irme te daré el número de mi representante. Deberías llamarlo.

–No está interesada –se apresuró a decir Kris. Afortunadamente, porque ella se había quedado sin palabras.

–Yo sí estoy interesado –dijo un hombre guapísimo de aspecto nórdico que acababa de aparecer al lado de Kyla–. Preséntanos, por favor.

V. J. lo reconoció en ese momento y estuvo a punto de desmayarse.

–V. J. Lewis –dijo Kris con frialdad– Guy Hansen.

–He visto todas tus películas –dijo ella estrechándole la mano–. Me encantó la última, la del tren a punto de descarrilar.

–Ah, la magia del montaje –Guy no le había soltado la mano, y no lo hizo hasta que Kris la apartó para pasarle un brazo por la cintura.

Parecía enfadado, incluso celoso. ¿Porque había visto las películas de Guy? Bueno, no era culpa suya que en el cine de Van Horn solo pusieran películas de acción.

–Una pena que sea tan feo –le dijo al oído–. Además, no habla griego, así que no me gusta nada.

Kris le dio un beso en la sien, un gesto que a Kyla no le pasó desapercibido.

–Cariño, tráenos unas copas, me gustaría hablar un momento con V. J.–dijo, sonriendo como si estuviera haciendo el anuncio de un dentífrico–. Él sabe lo que suelo beber. ¿Qué quieres tú?

V. J. sonrió como la protagonista de una película de vampiros.

–También sabe lo que yo bebo y cómo me gustan los huevos en el desayuno.

Guy lanzó un silbido.

–Cuidado.

Kyla rio, haciendo un gesto a los dos hombres.

–Marchaos, sé que las charlas entre mujeres os hacen vomitar.

Kris se dirigió a la barra con los dientes apretados, sin apartar la vista de ellas.

–No eres lo que esperaba –dijo Kyla cuando estuvieron solas–. Pero entiendo que le gustes.

–¿Ah, sí? ¿Por qué?

–Porque no aguantas tonterías. A Kris le gustan las mujeres fuertes que saben cuidar de sí mismas. ¿A qué te dedicas?

¿A Kris le gustaban las mujeres fuertes que sabían cuidar de sí mismas? Pues, por el momento, no había ganado muchos puntos.

–Ahora mismo no hago nada. Estoy pensando qué me apetece hacer.

Lo último que iba a admitir delante de ella era que no tenía trabajo ni dinero.

–Ah, qué bien. Por cierto, me encanta ese vestido. Roberto Cavalli, ¿no?

–Sí.

No podía decir nada más porque no sabía quién había diseñado el fabuloso vestido de lentejuelas que llevaba Kyla y, aunque lo supiera, seguramente no sabría pronunciar su nombre.

–¿Puedo hacerte una pregunta?

–Sí, claro.

–¿Kris te ha hablado de la financiación de la película?

–Kris no tiene secretos para mí.

–Entonces debes saber que el presupuesto va unido a la campaña publicitaria que acaba de tirar a la basura. Debes importarle mucho para que haya renunciado a hacer la película.

–¿Cómo?

–Oh, vaya –Kyla disimuló una risita–. Pensé que sabías que el trato con Abrams se ha venido abajo.

–¿No va a hacer la película? No puede ser… Kris está buscando alternativas, me lo ha dicho él mismo.

Aunque Kyla y ella eran casi de la misma edad, el astuto brillo en los ojos de la estrella la hizo sentir como una cría ingenua.

–Los directores no pueden permitirse el lujo de buscar alternativas, dependen de los productores. Espero no haber causado ningún problema entre vosotros. Kris merece ser feliz… –Kyla enarcó una ceja cuando él se acercó con dos copas en la mano.

–Bueno, ya está bien de charla femenina –las interrumpió él, ofreciéndole una copa a cada una–. V. J. y yo tomaremos la copa y nos iremos. He dejado el Ferrari en el aparcamiento.

–Pero… –protestó Kyla.

–Nos veremos en el estudio mañana.

–No ha pasado nada –dijo V. J. mientras se perdían entre la gente.

–No debería haberte dejado sola con ella –Kris se tomó la copa de un trago.

–Kyla ha sido agradable.

–Sí, tan agradable como una cobra. Una vez que te envenena, la muerte es rápida. ¿Qué te ha dicho?

–Me ha felicitado por el vestido y ha dicho que tú mereces ser feliz, lo cual es verdad.

Debería mencionar la película. Debería preguntarle si era verdad que Abrams se había echado atrás.

Kris miró su móvil mientras señalaba la puerta.

–¿Nos vamos?

Aquella era la oportunidad de preguntar si iba a sacrificar su película por ella. Tal vez admitiría que estaba enamorado, la abrazaría delante de todo el mundo y anunciaría que ninguna película podía compararse con sus sentimientos. Le confesaría que había actuado de manera extraña porque no sabía cómo lidiar con esas emociones…

No, era imposible. V. J. sabía lo importante que era esa película para él. Cada segundo que no estaban juntos o durmiendo, Kris trabajaba en el guion o hablaba por teléfono con su equipo.

No podía dejar que renunciase a la película por ninguna razón.

De modo que volvería a Los Ángeles en unos días para hacer su película y ella tendría que animarlo. ¿O era demasiado tarde y lo había estropeado todo?

Habían vuelto al hotel horas antes y Kris, despierto e inquieto, miraba el cielo desde la cama, apretando a V. J. contra su pecho, aunque estaba casi encima de él. Nunca estaba demasiado cerca, especialmente después de haberla expuesto a Kyla Monroe y a la persona en la que él se convertía cuando Kyla estaba cerca.

Sabía que no debería haberse involucrado con ella, pero no había sido capaz de resistirse. Y cuando V. J. había hecho lo que era de esperar: decir lo que guardaba en su corazón, él se había hecho el sorprendido por el dolor que le provocaba no poder decir lo mismo.

Nunca le había dicho eso a nadie, nunca había estado a punto de decirlo. Nunca se había sentido enamorado. Hasta aquel momento.

¿Cómo había progresado aquello, lo que había entre V. J. y él, de forma tan rápida?

Ella suspiró, enterrando la cabeza en su hombro, y Kris respiró el aroma de su pelo, un pelo que había lavado con sus propias manos.

Sin poder evitarlo, le tomó la cara entre las manos para besarla y ella se movió, pasándole un brazo por el estómago.

–Te necesito, Kristian. Hazme el amor –murmuró, adormilada.

Kris se enterró en ella, y entre el sueño y la vigilia, V. J. enredó las piernas en su cintura.

En el momento que se dejó ir, todas las piezas de *Visiones en negro* encajaron de repente, como una inspiración. ¿Por qué no se le había ocurrido antes?

V. J. se quedó dormida entre sus brazos de nuevo mientras el cerebro de Kris creaba ángulos de luces, cambios en el guion, música...

Pero no podía dejar de abrazarla todavía. Cuanto mas tiempo pasara con ella, mas difícil sería decirle adiós.

Al amanecer, se levantó de la cama para trabajar. Necesitaba estar un tiempo alejado de V. J. o nunca recuperaría el equilibrio.

Kris tomó el móvil para llamar a Jack Abrams.

–Hola, señor Abrams, soy Kris Demetrious –lo saludó–. Siento molestarlo, pero necesitaba contarle que he decidido no anunciar mi compromiso con Kyla Monroe.

–¿No vas a anunciar el compromiso o no vas a llevarlo a cabo en absoluto?

–No voy a hacerlo –respondió Kris–. No es el camino adecuado y me gustaría discutir otras opciones.

–Estoy un poco sorprendido –dijo Jack–. Todos estábamos de acuerdo en que sería un buen ángulo publicitario.

–Sí, es cierto, pero he cambiado de opinión. Me gustaría renegociar los fondos para publicidad.

–Los números son los números y tenemos un contrato firmado.

Jack Abrams era un hombre poderoso y Kris sabía que no podía discutir con él.

–Lo entiendo, pero le estoy pidiendo que pensemos en otras posibilidades.

–Me temo que no hay otras posibilidades. A menos que convenzas a Kyla para que reduzca su caché...

Kris cortó la comunicación unos segundos después y llamó a

Kyla, pero ella se negó a escucharlo y lo amenazó con hablar con su abogado.

Muchos años de trabajo estaban a punto de irse por la borda. No tenía mas remedio que encontrar otra fórmula. No iba a verse obligado a hacer creíble un compromiso con Kyla porque Abrams y ella se negaran a contemplar otras posibilidades. Hollywood no controlaba su vida.

Disgustado, encendió la televisión. De repente, vio una fotografía de V. J. y él en Casa di Luigi, la noche que no cenaron, en un programa matinal de cotilleos.

–¿Somos nosotros? –V. J. se dejó caer en el sofá y le dio un beso en el hombro.

Kris estaba subiendo el volumen para saber por qué eran noticia cuando en la pantalla apareció una fotografía de Kyla.

–... en un comunicado de su publicista, la famosa actriz Kyla Monroe confirma que su relación con el director Kristian Demetrious ha terminado –estaba diciendo el reportero–. Se especula que la mujer de la foto es la causa de esa ruptura.

–¿De qué están hablando? –exclamó V. J.

–No tengo ni idea.

–Tu relación con Kyla había terminado hace tiempo, ¿no?

–Rompimos hace meses, pero ella me pidió que no lo hiciese público –replicó Kris, enfadado–. Gracias por la confianza.

–La verdad es que nunca hemos hablado de ello –V. J. se aclaró la garganta–. Además, hay otra cosa que debemos aclarar. Kyla dijo algo anoche que no tenían mucho sentido.

–Kyla dice muchas tonterías, especialmente si cree que así se saldrá con la suya. ¿A qué te refieres?

–Dio a entender que vuestro compromiso y la película iban de la mano. Sin uno de ellos, no existía el otro. ¿Eso es verdad?

–Voy a hacer *Visiones* pase lo que pase.

–Me alegro –V. J. pasó una pierna por sus rodillas y se colocó sobre él a horcajadas.

V. J. era la mujer perfecta y él debería aceptar que su resistencia al compromiso tenía más que ver con ella de lo que le gustaría admitir.

Pero cuando la miró a los ojos, llenos de esa comprensión y ese cariño que había visto en ellos desde el primer día, de repente no podía hablar.

Lo más sensato sería apartarse cuanto antes. Nunca debería haberse involucrado con alguien que podía romper el sello de sus emociones. Confiaba en ella como no confiaba en nadie.

Ni siquiera en sí mismo.

Debería apartarse, pero no podía hacerlo. Aún no.

Lo que había entre ellos iba a terminar rompiéndole el corazón a V. J. y a él también. Cuanto antes la dejase ir, antes podrían seguir adelante con sus vidas.

A mediodía, Kris se fue a una reunión y V. J. se sentó frente al televisor, pero mientras buscaba algo entretenido en la pantalla apareció una fotografía suya con el obsceno vestido rojo.

–... el director Kristian Demetrious rompió ayer con la ganadora de un Oscar, Kyla Monroe, por teléfono. La fuente, una amiga de la señorita Monroe, dice que está destrozada y desconcertada por esta inesperada ruptura, ya que el señor Demetrious conoció a esa mujer hace unos días. Los fans de Kyla Monroe están frenéticos por esa traición.

En la parte inferior de la pantalla aparecían mensajes insultantes de esos fans y V. J. tuvo que apagar la televisión.

Nerviosa, decidió bajar un rato a la piscina, pero ni siquiera *El abrazo del bribón* podía consolarla.

Un griterío tras ella hizo que levantase la cabeza. Dos mujeres con uniforme del hotel bloqueaban la entrada a la piscina mientras un hombre con una cámara y otra mujer con un micrófono intentaban abrirse paso. Eran reporteros y estaban buscándola para pedirle que diera su versión de la historia.

¿Y qué mejor manera de solucionar el malentendido que dar su versión?

Capítulo Nueve

V. J. se levantó de la hamaca para dirigirse al grupo.

–Yo hablaré con ellos –le dijo a las mujeres uniformadas.

La lente de la cámara era mucho más grande de cerca y, además, iba en biquini. Debería haberse puesto una camiseta... demasiado tarde.

–Soy Rebecca Rogers, de KTVN. ¿Señorita Lewis, es ese su nombre?

–V. J. Lewis, sí. Y no le he robado el novio a Kyla Monroe. He oído lo que la gente dice de mí y no es cierto. No soy la clase de persona que va detrás de un hombre que tiene pareja.

El compromiso nunca había sido real y Kris no estaba con Kyla, pero en la noria había besado a un hombre que tenía un anillo de compromiso para otra mujer....

–¿Niega que haya habido intimidad entre Kristian Demetrious y usted? –insistió la reportera.

–Niego que el señor Demetrious tenga una relación con Kyla Monroe. El compromiso iba a ser un truco publicitario para promocionar su nueva película.

Eso despertó la atención de la reportera, que empezó a hacerle preguntas a las que V. J. respondió como mejor pudo. Ella era una buena chica de Texas y aquella mujer tenía que contarlo.

–Es usted muy lista –concluyó Rebecca.

–¿Qué quiere decir?

–Que, diga lo que diga, la relación con el señor Demetrious es muy beneficiosa para usted. ¿Qué piensa hacer ahora?

–Eso es algo privado.

–¿Pero su relación no lo es?

–Debería serlo, pero no lo es gracias a gente como usted. No puedo quedarme sentada mientras todo el mundo habla mal de mí.

–Entonces quiere que la gente hable mal de Kyla Monroe y Kristian Demetrious, ¿es eso?

–No, en absoluto.

–Acaba de decir que pensaban engañar al público con un compromiso falso solo para promocionar la película.

–No quería decir eso –V. J. se echó un poco hacia delante, nerviosa. No debería haber hablado del compromiso.

–No se mezcle con los famosos si no sabe tratar a los medios, señorita Lewis.

–Esta entrevista ha terminado –enfadada, tomó su bolsa para volver a la suite.

Cuando Kris volvió de la reunión, V. J. estaba hecha una bola en el sofá, llorando.

–¿Qué ha pasado? –le preguntó él, abrazándola.

–En televisión dicen que soy una bruja, que le he robado el novio a Kyla...

El móvil de Kris empezó a sonar, pero no respondió.

–¿Qué puedo hacer yo? –le preguntó.

–No lo sé. Nada de esto es culpa tuya, pero me siento como la villana de una telenovela... –el móvil volvió a sonar–. Responde, por favor. Estoy bien, voy a darme una ducha... sola.

–Muy bien, como quieras.

V. J. se quedó bajo la ducha durante lo que le parecieron horas, pero no podía eliminar la angustia y cuando volvió al salón encontró a Kris muy serio. El ambiente había cambiado y amenazaba tormenta.

–¿Qué ocurre?

–Has informado a los medios de que nuestro compromiso era un truco publicitario. Lo único que te pedí que no le contases a nadie.

V. J. se llevó una mano al corazón.

–Lo siento, se me escapó. Estaba tan disgustada con las cosas que decían... ¿estás enfadado?

–¿Enfadado contigo? No, no lo estoy. Como Kyla siga hablando, podría quedarme sin carrera.

–¿Qué significa eso?

–El productor ejecutivo no está muy contento con lo que pasa y ha amenazado con romper el contrato. Y si eso ocurriera, nadie trabajaría conmigo. Yo mismo decidí no seguir adelante con la idea del falso compromiso, pero aún no he tenido tiempo de encontrar una alternativa y Kyla está furiosa. He tardado quince minutos en calmarla.

–Te ha llamado mientras yo estaba en la ducha.

–Kyla no lo admite, pero estoy seguro de que fue ella quien le habló a la prensa de ti. Aunque no esperaba que tú le devolvieras el favor –Kris se pasó una mano por el pelo–. Tengo que volver a Los Ángeles. Con un poco de suerte, si invierto sangre, sudor y lágrimas aún podré enseñar la cara en Hollywood.

Se había engañado a sí misma pensando que Kris necesitaba abrazar la pasión que se negaba a sí mismo cuando en realidad su única pasión era el cine…

El cine era su salida, no ella.

No iba a haber final feliz.

–Puedes enfadarte conmigo, no me importa. He metido la pata y no sé cómo arreglarlo.

–No eres tú, V. J.–dijo Kris–. Nunca debería haber aceptado ese estúpido compromiso y, en realidad, es un alivio haber dicho que no. Aunque me gustaría que las consecuencias no fuesen tan devastadoras.

También se había engañado a sí misma creyendo que el amor lo conquistaba todo, que aquello era un cuento de hadas. Kris no buscaba amor, ni con ella ni con ninguna otra mujer.

–Quédate en la suite el tiempo que quieras. Te daré el número de mi móvil para que me digas cuándo te vas y pagar la factura del hotel. Por favor, me gusta ser tu caballero andante, ya lo sabes.

V. J. tragó saliva.

–Eres muy generoso, pero no puedo aceptarlo. De hecho, ya he aceptado demasiadas cosas. Dame tu dirección y te enviaré un cheque en cuanto pueda.

–No, por favor. Quiero que te quedes hasta que la casa de Beverly esté terminada –insistió Kris–. Lo siento, sé que me voy en mal momento. No puedo pedirte que vayas a Los Ángeles conmigo.

–Claro que no. Tienes muchas cosas que hacer y yo sería un estorbo –V. J. intentó contener un sollozo–. No me debes nada. Lo hemos pasado bien y te agradezco mucho todo lo que has hecho por mí. Además, teníamos que despedirnos tarde o temprano. Este es tan buen momento como cualquiera.

Él la miraba, desconcertado.

–No es eso lo que esperaba que dijeras.

–¿Por qué? ¿Porque siento algo por ti? Esta ha sido una historia muy bonita, pero los cuentos de hadas no son reales y el reloj acaba de dar la medianoche. El baile ha terminado y es hora de volver a la realidad. Y la realidad es que tengo un par de cardenales, pero se me pasará. Solo nos conocemos desde hace unos días…

En ese momento se le rompió la voz. No eran ni serían nunca extraños.

–Si eso es lo que sientes –dijo él.

–Haz las maletas o perderás el avión. Yo me iré detrás de ti.

–¿Adónde piensas ir?

–No te preocupes, es hora de rescatarme a mí misma.

Kris dio un paso adelante y V. J. estuvo a punto de llorar cuando los ya familiares brazos la envolvieron como un guante. Entonces él murmuró algo en griego…

–¿Qué has dicho?

–Tal vez en otra vida –murmuró Kris.

Una hora y cuatro minutos después, oyó que Kris cerraba la puerta de la suite. Entonces tomó el teléfono y llamó a Pamela Sue.

–Gracias a Dios –dijo su amiga–. He llamado a todos los hoteles de Dallas. Beverly Porter me dijo que no estabas con ella y nadie sabía dónde te habías metido… siento mucho decirte esto, V. J., pero tu padre ha sufrido un infarto.

Kris no podía dormir. Se dejó caer sobre un sofá de piel en el salón y empezó a buscar escenas en su cabeza, pero no funcionaba.

¿Por qué no podía olvidarla? Estaba en su cabeza día y noche con la persistencia de un tatuaje, imposible de eliminar, imposible de abrazar. No podía comer, no podía pensar, no podía sentir. Nunca en su vida había sido incapaz de crear o escapar a un mundo imaginario para lidiar con la realidad.

Ese refugio había desaparecido.

Debería estar haciendo el *storyboard* de *Visiones en negro* o buscando inversores. En lugar de eso, estaba obsesionado por el brillo de dolor en los ojos de V. J. cuando le había dicho que se marchaba.

Por un momento había pensado que iba a suplicarle que se quedara y la amase como lo amaba ella. Se había preparado para decirle que no podía ser, pero pronto había sido dolorosamente evidente que la escena no iba a terminar así.

Había matado su convicción de que habría un final feliz porque no encontraba valor para arriesgarse. Le había hecho un daño irreparable y vivía en el purgatorio que merecía. Recreaba esa escena cientos de veces, pero en los finales que inventaba siempre entendía dónde estaba el error antes de salir por la puerta…

Tenía una reunión con Jack Abrams en siete horas. En siete horas sabría si iba a salvar *Visiones en negro* o si aquel era el final de su carrera. Esa película debería haber sido el trampolín que lo catapultase al siguiente nivel, no su canto del cisne.

Sonó el timbre de la puerta y Kris dio un respingo. Por un segundo, pensó que podría ser V. J., pero en cuanto miró por la ventana vio que al otro lado del jardín estaba Kyla.

–¿Qué quieres?

–¿Te apetece tener compañía?

–No, vete a casa.

–Cariño, no te pongas así. Solo quiero hablar.

–Llámame por la mañana. Son más de las dos.

–Déjame entrar, llevo tacones de doce centímetros.

–Estaba dormido y quiero volver a la cama.

–Kris, fuimos amantes durante mucho tiempo. Sé que no estabas dormido y, a menos que mañana quieras ver una fotografía mía en la primera página de todas las revistas, tienes que dejarme entrar.

Eso era lo último que deseaba, de modo que pulsó el botón que abría la puerta del jardín y fue al dormitorio a ponerse una camisa. Unos segundos después, Kyla entraba en el salón y se dejaba caer en el sofá.

Cruzando los brazos sobre el pecho, Kris se apoyó en la pared.

–¿Qué es tan importante para venir a estas horas?

Ella esbozó una perfecta sonrisa.

–Te echo de menos. ¿Eso es tan malo?

–No tenemos nada que decirnos.

–Siéntate –dijo Kyla, tocando el asiento del sofá–. Lamento mucho lo que pasó en Dallas. ¿Tu amiga está bien?

–No quiero hablar de ella.

–Como no está aquí, supongo que no ha ido bien. Una pena. De todas formas, no era la persona adecuada para ti.

Ah, eso explicaba su presencia allí.

–¿Y quién lo es, tú? –le espetó Kris.

Kyla le ofreció su sonrisa más falsa, la que usaba en las entrevistas.

–Quieres creer que todo ha terminado entre nosotros, pero sigue habiendo algo entre los dos o no habrías aceptado el falso compromiso.

Kris no iba a morder el anzuelo, pero esa frase lo hizo pensar.

¿Por qué había aceptado el falso compromiso? Tal vez porque era conveniente. Al fin y al cabo, el cine era una industria y no podía dejar que los sentimientos se interpusieran en su camino. Todo había sido una bola de nieve desde que aceptó tomar parte en esa farsa...

Había aceptado porque entonces *Visiones en negro* era más importante que nada.

Ya no lo era.

–Podríamos empezar de nuevo, Kris –insistió Kyla. No estaba tan borracha como había pensado y lo miraba con sus ojazos azules muy abiertos, como implorando. Un truco que había usado muchas

veces en el cine–. Cometí un error con Guy y cuando te pusiste furioso pensé que yo te importaba de verdad y necesitabas un poco de tiempo para reflexionar.

–Me enfadé porque me habías engañado. Nunca te di una sola razón para que me trataras así.

–Eso no es verdad. Te mostrabas tan distante, siempre concentrado en el trabajo. Lo que pasó con Guy ocurrió en un momento de debilidad porque me sentía sola.

–Estabas aburrida y no te culpo.

–¿Eso significa que me has perdonado?

–Completamente. Tenías razón: nuestra relación nunca fue a ningún sitio. Pero siento haber estado distante contigo.

–No pasa nada –dijo ella, tomándole la mano–. Sé que tú eres así. Te gusta estar detrás de la cámara porque no puedes ser alguien diferente.

¿Alguien diferente? Ya era alguien diferente. La persona que podía ser gracias a V. J.

Si ella no hubiese tirado sus barreras habría seguido sin participar en su propia vida para siempre, pero V. J. había exigido que participase, obligándolo a salir de su ensimismamiento.

–¿Por qué apenas había sexo entre nosotros, Kyla?

Ella lo miró, sorprendida.

–Tú no parecías muy interesado. Pensé que no tenías un gran impulso sexual, pero eras demasiado orgulloso como para hablar de ello.

–¿Y por qué tú no estabas más interesada?

–Lo intenté muchas veces, pero tú no querías saber nada. Decías que tenías que montar o ver un montaje del día anterior... y te encerrabas en ti mismo, como siempre.

Excusas en lugar de intimidad, justificaciones en lugar de pasión. Solo dejaba que el cine lo excitase.

Hasta que conoció a V. J.

–Pero lo entiendo –siguió Kyla, deslizando una mano por su brazo–. Vamos a olvidarnos del pasado y a empezar de nuevo. Te perdono por esa pequeña indiscreción en Dallas y...

Kris se apartó.

–Tú no quieres volver conmigo, solo quieres algo que no puedes tener. Estoy enamorado de V. J. y la he dejado escapar como un idiota, pero tengo que recuperarla.

Por fin, todo estaba tan claro. La amaba, con un amor feroz. Ella era su pasión y conocerla había desatado una tormenta de emociones y creatividad...

Ella lo equilibraba. Sin V. J., su alma se marchitaría.

Y luego, sin decir una palabra más, Kris escoltó a una de las mujeres más bellas de la tierra hasta la puerta. Tenía mucho trabajo que hacer antes de conseguir su final feliz.

V. J. salió de casa de Pamela Sue, subió al camión de su hermano Bobby, que la esperaba en la puerta, y dejo escapar un suspiro.

–No me mires así.

–Lo siento –su hermano arrancó para dirigirse al hospital–. No lo hacía a propósito.

–Estás deseando preguntármelo. Vamos, ¿qué quieres saber? ¿Cuántas veces me acosté con Kris Demetrious?

Catorce. Eso sin contar las veces que habían hecho otras cosas...

–¡No, por favor! –su hermano se puso colorado hasta la raíz del pelo–. Ni siquiera quiero pensar en eso. Tengo tres hijos y sé cómo se hacen, pero es diferente cuando se trata de mi hermana pequeña.

–De modo que no quieres que te cuente los detalles tórridos.

–Jamie me preguntó si lo del tatuaje era verdad.

–¿Quieres que vaya a tu casa y se lo enseñe?

Bobby exhaló un suspiro.

–V. J., te escapaste de casa y apareciste en televisión con un famoso director de cine. La gente siente curiosidad.

La gente de Little Crooked Creek podía juzgar a los demás como nadie. El día anterior, cuando bajó del autobús y se sentó en un banco a esperar a Pamela Sue, la señora Pritchett cruzó la calle para no tener que saludarla. Aunque dos semanas antes se habían sentado en el mismo banco de la iglesia.

–Siento mucho haber causado problemas intentando vivir mi vida. Puedes decirlo, tengo lo que me merezco. He dejado que un hombre se llevase la leche sin comprar la vaca y él ha vuelto a su vida real en Hollywood, olvidándose de mí.

La tarjeta de Kris le quemaba en el bolsillo. La había dejado sobre la mesita de café, en la suite...

Sin intención de llamarlo hasta que pudiera enviarle un cheque, la había guardado en el bolso como un recuerdo de lo que pasaba en la vida real cuando una olvidaba que los cuentos de hadas eran cosa de la literatura.

–Papá se volvió loco cuando te fuiste. Bebía más que nunca... una noche iba tan borracho que se metió con el camión en el jardín de la señora Jonhson y tuve que ir a buscarlo a la comisaría.

–Supongo que es culpa mía también, como el infarto.

–El infarto de papá no fue culpa tuya. Sí, se sorprendió al verte en televisión y oyendo las cosas que decía la gente, pero el médico dice que es culpa del estrés tras la muerte de mamá y, sobre todo, de la bebida. Te lo habría contado yo si hubieras ido a mi casa en lugar de esconderte en la de Pamela Sue.

–Pero estoy aquí ahora, ¿no? Estoy siendo una buena hija que va a ver a su padre al hospital.

El día anterior lo había pasado tumbada en la cama, llorando por Kris, pero había hecho un esfuerzo para levantarse. ¿Y si su padre moría y no volvía a verlo? No quería vivir con ese sentimiento de culpa. A pesar de todo, seguía siendo su padre.

Bobby respiró profundamente.

–¿Por qué no me contaste que papá te había pegado?

–¿De qué hubiera servido?

–Podrías haberte quedado en mi casa o podrías haberme pedido dinero, pero eres tan independiente. No hay nada malo en pedir ayuda, V. J.

Ella tragó saliva. Qué egoísta había sido al marcharse sin despedirse de nadie. Había estado tan segura de que ninguno de sus hermanos se pondría de su lado...

–No sé por qué lo hice.

–Mientras mamá estuvo enferma, tú hiciste lo que había que hacer. No sé dónde encontraste fuerzas... –la voz de Bobby se rompió–. Pero entonces murió y todos nos sentimos perdidos. Todos menos tú, que te encargaste del funeral, de papá, de los chicos. De todos menos de ti misma. Me sorprende que tardases tanto en irte de aquí, pero me habría gustado que esa rebelión fuese más segura y más discreta.

–Ya, claro.

–Pareces diferente –comentó su hermano–. Como si llevaras un peso sobre los hombros.

–Me he hecho mayor y ya era hora. Tengo que enfrentarme con la realidad y no vivir en un mundo de fantasía.

Cuando se marchó de allí no tenía opciones, pero gracias a Kris había adquirido sensatez para evaluar las oportunidades sin la capa de polvo de los cuentos de hadas. Eso era lo que hacían las mujeres fuertes, como su madre. Como ella.

–¿Quieres que le dé una patada en el trasero a ese tipo? –le preguntó Bobby.

–Gracias –murmuró ella–. Eso significa mucho para mí.

Bobby detuvo el camión en el aparcamiento del hospital y le

pasó un brazo por los hombros mientras se dirigían al vestíbulo. Se sentaron al lado de su padre durante horas, hablando el uno con el otro, esperando. Su padre despertó una vez y le apretó la mano. Eso fue suficiente. Ya encontraría la manera de perdonarlo. No de inmediato, pero sí algún día.

Unas horas después, Bobby detuvo el camión frente a la casa de Pamela Sue, pero cuando V. J. iba a bajar, su amiga subió de un salto.

–¿Por qué habéis tardado tanto? Tenemos que ir a Pearl's ahora mismo. Arranca, Bobby.

–¿Qué pasa en Pearl's? –preguntó él–. Tengo que volver al taller.

–Es una sorpresa para tu hermana. Venga, arranca de una vez.

V. J. miró a su amiga.

–¿Una sorpresa buena o mala?

–Ya lo verás.

Pamela Sue mantuvo la boca cerrada durante todo el camino, algo muy raro en ella. ¿Qué estaría tramando? Todo el mundo olvidaba sus cumpleaños y jamás le habían organizado una fiesta sorpresa, de modo que no sería eso.

Pero cuando llegaron a Pearl's vio que el aparcamiento del restaurante estaba lleno de coches...

–¿Qué quieren, colgarme?

–Venga, baja –Pamela Sue tiró de ella.

–Yo solo puedo estar un momento –les advirtió Bobby.

Cuando entraron el restaurante, todas las luces estaban apagadas... pero se encendieron de repente al grito de: ¡Sorpresa!

Había montones de personas, todos con un girasol en la mano. Desconcertada, V. J. se volvió hacia Pamela Sue.

–¿Qué es esto?

Su amiga la empujó hacia la señora Johnson, que le ofreció un girasol del que colgaba una tarjetita atada con una cinta de seda.

–Me gustó mucho el vestido rojo.

Un cumplido, no un juicio o una crítica. Atónita, V. J. tomó el girasol. El vestido estaba en el armario de Pamela Sue, otro recuerdo del que no podía desprenderse.

–Gracias. A mí también me gusta mucho.

–Lee la tarjeta –dijo alguien.

Intrigada, V. J. le dio la vuelta y... se le encogió el corazón. La tarjeta le temblaba en los dedos.

–No puedo leerla, está en griego.

–Yo sí puedo –escuchó la voz de Kris tras ella.

V. J. se dio la vuelta y... allí estaba, en carne y hueso. Vestido de

negro, con el pelo cayéndole por la frente, los brazos cruzados y una cadera apoyada en la descolorida pared.

Guapísimo, maravilloso y...

V. J. no podía moverse, no podía respirar.

Kris dio un paso hacia ella y se detuvo a un metro, sin tocarla.

Y entonces le sonó el móvil.

–¿Ahora llevas el móvil contigo? –fue lo único que se le ocurrió preguntar.

Riendo para romper la tensión, Kris sacó el móvil del bolsillo y lo dejó sobre una mesa.

–Esperaba tu llamada y no quería que tuvieses que dejar un mensaje.

–¿Qué haces aquí?

A su alrededor, docenas de pares de ojos los observaban atentamente.

Kris estaba allí, en Little Crooked Creek.

–Estoy haciendo lo que debería haber hecho en Dallas, V. J.

–¿Por qué?

–Mi realidad ya no es la misma. Tú la destruiste y me diste algo mejor: una realidad en la que los cuentos de hadas podían ser verdad. Y esto aquí para recuperar esa realidad.

Su voz descongeló el hielo que le cubría el corazón desde que se había ido de Dallas. Debía estar soñando...

Tentativamente, alargó una mano para tocarle el torso, sólido, cálido, asombroso, real. Y tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse en sus brazos.

Aquello no podía ser.

–Kris... –V. J. sacudió la cabeza–. Eso no es lo que quieres. Nunca has querido otra cosa más que hacer cine y yo lo he estropeado todo.

–No, te equivocas. Estaba perdido en un desierto y no lo sabía hasta que tú me encontraste. Tú me enseñaste a contar una historia desde el corazón. Sin ti, mi carrera no sería nada y lo dejaría todo en un segundo si así te lo demostrase.

–¡No puedes hacerlo! –exclamó ella–. No deberías estar aquí siquiera. Vuelve a Hollywood y hazte fotografías con Kyla para que la gente se olvide de mí. Aún tienes una posibilidad de hacer *Visiones en negro*.

–Tú eres la única persona con la que quiero que me hagan fotografías –insistió él, señalando una cámara que había en una mesa. Una cámara profesional con el piloto encendido–. Esta vez, todo el mundo, especialmente los medios de comunicación, verán la

historia real. Una vez había un hombre incapaz de liberar sus emociones por miedo a que pudiesen controlarlo, tanto que fingía no sentir nada. Pero entonces conoció a una mujer asombrosa que lo entendió desde el primer momento y se enamoró de ella, pero no sabía cómo decírselo y la dejó ir. Y ahora está intentando recuperarla.

¿Kris estaba enamorado de ella? Tenía que ser un sueño.

–¿Y cómo termina la historia?

–Con una traducción –respondió él, señalando la tarjeta que colgaba del girasol–. Dice: «La primera vez que te vi me recordaste a un girasol, preciosa y abierta».

Luego le hizo un gesto a alguien y la señora Cole, su profesora de primaria, le entregó otra flor.

Kris tomó la tarjeta y leyó:

–La segunda vez que te vi, tu pelo olía a coco y no podía quitarme ese olor de la cabeza.

¿Dónde iba todo aquello? Antes de que V. J. pudiese parpadear, Kris tomó la flor que Pearl tenía en la mano.

–Esta dice: «Te puse como sobrenombre mi espejismo del desierto, una fantasía que apareció de repente».

Enseguida tomó otra tarjeta.

–La montaña rusa. La noria.

Estaba leyendo las tarjetas en público.

–Ahora todo el mundo lo sabe... –V. J. sabía que las siguientes tarjetas serían de alto contenido sexual y se volvió para mirar a sus vecinos–. ¿Podrían salir un momento, por favor? Agradezco mucho el apoyo, pero algunas cosas hay que hacerlas en privado.

Protestando, todos salieron del restaurante, dejando los girasoles en una mesa hasta que, por fin, estuvieron a solas.

A solas con Kris. Pensaba que nunca volvería a verlo y jamás se le hubiera ocurrido imaginar que haría algo tan bonito.

–No pensaba leerlas en voz alta –dijo él–. Por eso las había escrito en griego.

–¿Qué dicen las demás tarjetas?

–Muchas cosas. Hablo de amor, pasión y amistad... tú me has regalado esas tres cosas y quiero pasar el resto de mi vida devolviéndotelas.

Luego sacó algo del bolsillo y cuando se lo mostró, V. J. se quedó sin aliento.

La cajita de un anillo de compromiso.

–No lo he metido en una caja grande para darte una sorpresa porque nuestra relación está basada en la sinceridad. Te estoy

pidiendo que te cases conmigo. Te quiero y no puedo vivir sin ti.

Un segundo después, levantó la tapa de la cajita y sacó un anillo con un diamante cuadrado en el centro.

–He hecho que grabaran una inscripción. ¿Quieres leerla?

–Sí…

Cuando leyó la inscripción, grabada en el aro de platino, se le doblaron las piernas: «El paso siete es juntos para siempre».

–Este es el paso que faltaba, el final feliz. ¿Me permites que te lo ponga?

–Estás loco –murmuró V. J. O lo estaba ella. ¿Sería aquello una trampa? ¿Una forma de buscar publicidad?–. ¿Qué pasa con *Visiones en negro*?

–Es muy complicado, pero da igual. Resolver ese asunto no tiene sentido a menos que antes resuelva esto contigo. No puedo pensar, te necesito tanto como respirar. Por favor, V. J. …

Estaba enamorado de ella; enamorado como loco, como Romeo de Julieta. Decirle que no podría resultar en un desastre para su carrera.

Cuando creía entender a aquel hombre, hubiera sabido qué decir, cómo actuar. Pero había destruido eso en Dallas y no sabía cómo recuperarlo.

–Kris…

–V. J., cometí un error al no agarrarme a lo que había entre nosotros –claramente desconcertado, él se pasó una mano por el pelo–. Pero ya no tengo miedo. Estoy al otro lado de la cámara, en medio de una escena contigo, exactamente donde quiero estar. Suplicándote que creas en mí, que creas que puede haber un final feliz para los dos después de haberte roto el corazón. ¿Qué puedo hacer para convencerte de que soy sincero?

–Es un buen principio –dijo V. J., tan emocionada que no se le ocurría una respuesta mejor–. Pero no sé si puede haber un final feliz… nos conocimos hace una semana.

Kris le levantó la barbilla con un dedo.

–El tiempo que llevemos juntos es irrelevante, *agapi mou* –le dijo, clavando en ella sus ojos castaños–. Ha habido algo entre nosotros desde el principio y sé que tú también lo has sentido. Además, supiste de inmediato que no querías casarte con ese novio tuyo. ¿Por qué no puedo yo estar seguro de que tú eres la mujer de mi vida?

¿De dónde había salido eso? Estaba yendo más allá de las instrucciones del romance, más allá de las novelas románticas. Estaba en territorio desconocido.

V. J. no sabía qué decir. Ya no confiaba en sí misma, no creía entender la mente de Kris Demetrious. ¿Y si se equivocaba? ¿Y si no era amor verdadero? ¿Y si…?

Pero entonces se le ocurrió una idea.

–¿Qué coche tienes en casa?

–¿Qué? Un BMW ranchera para llevar el equipo –respondió él, extrañado.

Un coche alemán. Extranjero, complejo e incomprensible.

–Y un Mustang del 67 –siguió Kris–. Solo lo conduzco de vez en cuando, pero es el coche americano por antonomasia, simbólico de mi ciudadanía estadounidense. ¿Qué tiene eso que ver?

Un Ford. Kris tenía un Ford en el garaje.

–¿Con un motor 428 V-8?

Cuando él asintió con la cabeza, los ojos de V. J. se llenaron de lágrimas. Era el primer motor que había tocado, con el que lo había aprendido todo. Podía desmontarlo y volver a montarlo con los ojos cerrados.

Necesitaba el corazón de aquel hombre y él estaba entregándoselo, ofreciéndole algo real y preguntándole si era lo bastante valiente como para aceptarlo.

–¿Por qué lloras?

–Porque te quiero. Ponme el anillo, Kris.

–¿Puedes apagar la cámara? Estoy a punto de desnudarte y una escandalosa cinta de contenido sexual no sería buena publicidad.

Epílogo

Kris entró en el cuarto de baño y el olor a burbujas de coco le despertó una reacción primaria, la misma que le despertaba todos los días. V. J. estaba en la bañera, con los ojos cerrados, el pelo mojado y una sonrisa de pura felicidad en los labios.

Se había mudado a su casa un mes antes y era como si siempre hubiera estado allí. Su presencia iluminaba cada habitación como si tuviera luz propia.

Solo había pasado un mes y la preproducción de *Visiones en negro* estaba en marcha. Y en gran medida gracias a su nueva ayudante de producción.

El amor era la mejor de las musas. ¿Cómo había podido hacer nada sin ella hasta ese momento? ¿Cómo había podido vivir sin ella?

V. J. abrió los ojos y lo miró, desvergonzadamente desnuda y preciosa.

–¿Vas a mirar o vas a meterte conmigo en la bañera? –le preguntó–. Si es lo primero, tendría que apartar las burbujas...

Al apartarlas de su pecho apareció la mariposa roja. Esa mariposa, del color de la pasión, que Kris recordaba a cada momento y que representaba la fe que V. J. había tenido en él desde el principio.

–No voy a caer en la trampa otra vez. Busca otra manera de distraerme porque... no, da igual. Sigue funcionando.

V. J. soltó una carcajada.

–¿De qué estoy intentando distraerte esta vez?

–Acaba de llamar Kyla para decir que está muy contenta por el comienzo del rodaje. Menos mal que la convenciste para que aceptase un tanto por ciento menor de los beneficios. Si no fuera por ti...

Además de asegurar la participación de Kyla en la película, había sido un alivio tremendo para Abrams.

–¿No puedo intentar rescatarte de vez en cuando? Ese es el paso número ocho y pienso hacerlo mas veces –dijo V. J.–. La boda será en tres días, esta es tu última oportunidad para echarte atrás.

–De eso nada, *agapi mou* –después de desnudarse, Kris se metió en la bañera y la tomó entre sus brazos–. Tienes que quedarte

conmigo para siempre. Al fin y al cabo, te he dejado la mitad de mi cama.

–Es lo más justo. Yo he dejado una casa en Dallas por ti. Aunque tengo la impresión de que Beverly Porter y Pamela Sue se matarán la una a la otra –bromeó V. J., apoyando la cabeza en su pecho.

Aquella era la mejor realidad: una mezcla de pasión, amor, amistad y un toque de magia.

El final feliz era muy recomendable.

Kris y V. J. se casaron en una boda de cuento de hadas y fueron de luna de miel a Fiji, tan diferente y tan lejos de Texas como era posible.

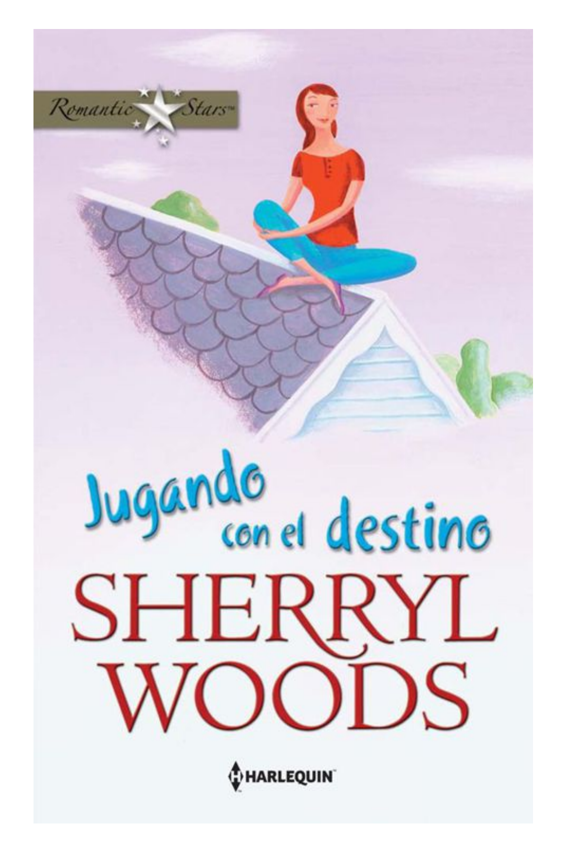
Y cada día estaba más enamorado de su mujer.

Filmó *Visiones en negro* con un presupuesto bajo, como en los viejos tiempos, y descubrió un interesante secreto: resultaba que cuando ponía el corazón en dirigir, el equipo técnico y los actores respondían mejor que nunca. Los medios de comunicación, siempre buscando una buena historia, dedicaron gran cobertura al romance entre el director y la mujer que lo había inspirado.

Durante el remolino de publicidad positiva que siguió al estreno de *Visiones en negro*, un reportero le preguntó cómo sabía que lo que sentía por V. J. era amor verdadero y, riendo, Kris respondió:

–Ella me explicó, paso a paso, los secretos del romance. Y me los repite cada día. Afortunadamente, yo siempre le presto mucha atención.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com

Table of Content